

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 48. — N° 3301

SUMARIO.

El príncipe de Abisinia grabado. — Estudios históricos — Viaje de M. Reehn por las Cordilleras en busca de lamas; grabados. — Revista de Paris; grabados. — Rosalia. — Las riquezas agrícolas del valle del Rhin; grabados. —

Carmosina. — La bendicion de las aguas en la Baja Normandia; grabado. — La romeria de Santa Victoria en la Provenza; grabados. — En un album. — Este mundo es un fandango — Boletín científico. — Salon de estampas en la Biblioteca imperial de Paris; grabado.

Publicamos en esta primera página el retrato del príncipe de Abisinia, con el del sacerdote Emnaton y el de Gaber, escudero del príncipe, que han llegado últimamente á Paris, y han sido presentados al emperador,



J GAILDRAU

Gaber, escudero del príncipe.

EL PRÍNCIPE DE ABISINIA.
El príncipe Takayé-Ghioryhis.

Abba-Emnaton, sacerdote.

después de haber terminado en Roma la misión que les había traído á Europa. Era esta la abjuración solemne de Negusia, rey del Tigris y del Simen en Abisinia. Es la primera vez que un soberano etíope consuma semejante acto solemne de fe católica y de devoción hacia el vicario de Jesucristo: porque Susenios, que en 1523 se convirtió al catolicismo, se limitó á entregar su profesión en manos del reverendo P. Paez, con encargo de que la mandase á Roma.

Hé aquí cómo tuvo lugar en Roma la interesante ceremonia á que nos referimos:

El 23 del pasado se presentaron á Su Santidad los comisarios abisinios, sirviéndoles de intérprete don José Sapeto. Después de varias preguntas sobre la salud del rey, la de monseñor Jacobi, misionero apostólico en la Abisinia, sobre sus nombres, viajes, etc., etc., preguntas á las que respondían los enviados con deferencia y dignidad, prosternándose de nuevo Abba Emnaton, pronunció en lengua ambúrica las siguientes palabras, que el intérprete iba traduciendo al italiano:

«Negusia, nuestro señor, rey del Tigris y del Simen, nos envía á tu beatitud, para depositar á tus sagrados pies el acta escrita, sellada con su sello real, y por la cual abjura la heregía, se adhiere con toda su alma y su espíritu á los dogmas católicos, y hace obediencia y sumisión á tí, santísimo, verdadero sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo. Nuestro señor desea que, en testimonio eterno de su fe, el acta de su abjuración se grave sobre piedra, y sea colocada en la gran iglesia de San Pedro. Negusia me manda también que bese en su nombre y por él tu santo pié, y que implore de tu paternidad dichosa la bendición apostólica, y la protección para el rey y todo su pueblo.»

Desatando entonces de su cuello una bolsa de seda, Emnaton entregó al Padre Santo el escrito de su señor. Pio IX, con los brazos extendidos, los ojos humedecidos por lágrimas de ternura, parecía escuchar mas bien la voz de Dios que la del intérprete. Su aptitud era la del éxtasis. Oró durante algunos momentos, y después exclamó: «¡Dios os bendiga, hijos míos! ¡Dios bendiga á vuestro rey! ¡Dios bendiga vuestra Etiopía que es mía también! Dad gracias á Dios por el don admirable de la fe, que os ha hecho en Jesucristo su hijo. ¡Ah! queridos hijos míos. Yo oraré por vosotros con toda mi alma, porque este es el auxilio sacerdotal que puedo daros. Dios vendrá en vuestra ayuda, y terminará en vosotros la obra que ha comenzado.» Los buenos etíopes parecían también llenos de admiración, y recibieron con señales de gratitud extrema los regalos que Pio IX se dignó entregarles antes de despedirlos. El paso solemne del rey Negusia ha venido á colmar de consuelo y esperanza el corazón de los católicos. La Etiopía es un gran imperio, en el que infinitas almas siguen ya el ejemplo del soberano y abjuran la heregía.

Estudios históricos.

SACO DE GIBRALTAR Y BATALLA NAVAL DE ALBORAN AÑO DE 1540.

I.

Divididas se hallaban en dos armadas poderosas las fuerzas marítimas de la nación española al comenzarse el segundo tercio del siglo XVI. Era una la de las galeras que surcaban las aguas mediterráneas y que tan famosos hicieron los nombres de don Bernardino de Mendoza, Andrea D'Oria y don Juan de Austria en aquella brillante centuria; y otra la de naos y galeones en el Océano, donde también se hicieron celebrar el heroísmo de los marqueses de Santa Cruz, y el genio de nuestros mas insignes navegantes.

No vamos á hacer un relato de los mas gloriosos triunfos que entonces logramos por mar con la ciencia y con las armas. El mas pequeño episodio de nuestra historia naval del siglo XVI daría materia para muchas columnas, por lo que se prestan todos y cada uno de ellos á largos comentarios de provechosa enseñanza. Únicamente en lo que concierne á la historia de nuestra nobleza queremos apuntar los rasgos mas característicos de la victoria naval de Alboran, donde el célebre don Bernardino de Mendoza, hijo del segundo conde de Tendilla, marqués de Mondejar, y descendiente del primer marqués de Santillana, dando nuevo lustre á su familia, consolidó la gran reputación que ya gozaba de estratégico y valiente entre todos los cabos y generales de mar del emperador Carlos V.

Corría á la sazón el año de 1540, y el insigne marino que al presente nos ocupa había militado como uno de los mejores en la famosa empresa de Túnez que se verificó cinco años antes.

Tuviera el emperador con tal motivo oportunidad de reconocer sus cualidades; y hallándolas de buena ley para el servicio naval, tras de algunos otros experimentos, llegó á nombrarle al fin capitán general de las galeras de España; título ya entonces de gran reputación, por mas que se limitase á las operaciones del Mediterráneo en los límites precisos de nuestras costas y fronteras.

Los enemigos mas contumaces de España por aquellos tiempos eran turcos y franceses; pero entonces descansaban las armas de los segundos, ya que no sus rencores contra nosotros, y únicamente los primeros se esmeraban en invadir nuestras playas y asolarlas á la mas leve ocasión que la fortuna les ofrecía.

Es verdad que esto no era mas que responder á los

hechos evidentes de la política española; la cual después de haber conseguido la unidad nacional, arrojando de sus últimos reductos á los sectarios del profeta, trataba de consolidarse por medio de una cadena de fuertes en la propia tierra de los enemigos, desde la plaza de Túnez hasta la punta meridional del estrecho gaditano.

Cuánto importase á los infieles tomar en este pié y fortificarse otra vez en la Península, como nosotros lo hacíamos en Africa, no hay para qué demostrarlo. Aquel género de guerra naval era de sorpresa y rebatos, y un puerto seguro en las playas españolas habría dado á las operaciones de nuestros enemigos las mayores garantías para neutralizar la importancia y desvanecer en gran parte las consecuencias naturales de los triunfos últimamente logrados en Túnez y la Goleta por el emperador Carlos V.

Barba-Roja, el mas terrible adversario de la cristiandad, y el que con escuadras poderosas había puesto mas de una vez en gran peligro á Cerdeña, Sicilia, Calabria y la Italia entera, destacó en el verano de 1540 contra Gibraltar á uno de sus mas diestros capitanes: el virey de Argel Ali-Amet, renegado de la isla de Cerdeña; al cual dió de los mejores buques que en sus armadas se encontraron hasta diez y seis, bien provistos de gente de mar y tierra, artillería y todos los demás útiles consiguientes á la calidad de tal jornada.

No había de acometerse esta en toda forma segun los preceptos de la ciencia militar; pues para ello mayor caudal de recursos necesitarían los agresores, tratándose de una plaza como Gibraltar, cuya fortaleza es y ha sido en todos tiempos tan famosa; antes bien para tomarla era forzoso valerse de la astucia; y al efecto dióse á Ali por auxiliar un cierto Caramani, esclavo que había sido en Gibraltar del señor don Alvaro de Bazan, y el cual se había hecho notar en las ocasiones por los ardidés de su particular estrategia. De suerte que, segun la importancia del hecho meditado, y aun con arreglo á las fuerzas respectivas, la escuadra de Ali-Amet, compuesta de tres galeras, cinco galeotas, seis fustas y dos bergantines, salió de Argel el día 24 de agosto con rumbo á las costas de España hacia Poniente, y propósito de ganar á Gibraltar por un golpe de mano, siempre que el descuido ó la traición lo consintiesen.

Muchos dias antes, á saber, en los postreros de junio, y á favor de las buenas confianzas que entonces velaban en todas partes por los intereses de la nación española, supo don Bernardino en Mallorca que desde Turquía bajaban refuerzos de navíos á los argelinos; y deduciendo, como experimentado que era, el propósito de acometer alguna empresa en nuestras costas, avisó al emperador la novedad, y vino á reforzarse de galeras á los puertos de Andalucía, para salir al encuentro á los infieles.

A diez llegaron y no mas las que pudo reunir en Málaga á sus órdenes (1): así de las armadas por su inmediata dirección, como de las que militaban bajo la conducta del señor don Enrique Enriquez de Guzman (2), que le estaba también subordinado, siquiera no le fuera muy adicto; y con ellas combinando su plan de operaciones, se dió á la mar la costa arriba hasta Denia, para de allí irse á las aguas de las islas Baleares, tomando puerto en la de Ibiza, ó en Mallorca nuevamente, como puntos mas á propósito desde donde acudir á Cataluña, Valencia ó Andalucía, segun fuese menester por los movimientos de la armada mahometana.

Tales fueron los proyectos con que inauguró el turco su campaña naval en 1540 contra las costas españolas del Mediterráneo, y tales las disposiciones adoptadas para contrariarlos por el mas diestro de nuestros generales. Veamos cómo correspondió Ali-Amet á las esperanzas que de él y de su auxiliar Caramani había concebido Barba-Roja, y después referiremos también cómo cumplió con su oficio el señor don Bernardino de Mendoza, capitán general de las galeras de España.

(1) No hemos podido hallar en el archivo de Simancas la relación de los buques que entraron en aquel combate; mas sí una carta de don Bernardino, entre otras, donde dice que fueron diez las galeras que pelearon.

(2) Para mayor inteligencia de algunos hechos que se referirán después, conviene saber: que el señor don Enrique Enriquez de Guzman, por defectos de su carácter, había dado mas de un motivo de disgusto á su jefe superior el señor don Bernardino de Mendoza, por cuya razón no se hallaban ambos en la mejor armonía. Así se colige del párrafo de una carta escrita al señor Francisco de Ledesma, secretario de S. M. por un Comendador Girón, que servía de oficial en aquella armada, el cual se explicaba de este modo: «El señor don Enrique viene bueno, sino que cuanto yo le soy servidor no bastó á ponerle en camino de lo que conviene hacer para que se pueda sufrir. Tiene términos que no tienen cura, y yo muero porque sean muy amigos y se traten muy bien, y don Bernardino me ha prometido que por él no quebrará, mas que las cosas de don Enrique no tienen remedio, y que si salimos de invierno lo vería. Y fué la ventura que el día que salimos de Gibraltar, sálase don Enrique del puerto y vase la vuelta de Málaga con sus dos galeras, sin pedir licencia á don Bernardino ni hablarle palabra, y salimos dende á un rato y alcanzámosle en el camino con la galera en que él iba, y la otra habiála enviado á Marbella, y tiró por el camino dos golpes de artillería. Don Bernardino me dijo que si me parecía que eran cosas de sufrir; yo le temple y soy el medianero para que no vengan á romper. Don Bernardino tiene razón, que es capitán general, y quiere S. M. que él solo guie la danza, y don Enrique piensa que no es menos y está en error, porque no se puede sufrir ni se podrá compadecer, porque don Bernardino dice que está harto de sufrirlo.» Esta carta se halla en el archivo general de Simancas, negociado de Estado, legajo 47, y fué fecha en Málaga á 6 de abril de 1540.

II.

Pues como íbamos diciendo, el día de San Bartolomé salió de Argel la armada de los turcos en el número de buques que se ha mencionado, y tan bien provista de gente como convenia á la empresa que con su lugarteniente había tratado Barba-Roja.

Eran las tres galeras de á tres remos, las mayores de aquella armada, y tales como las solían llevar las armadas mas poderosas: de las cinco galeotas dos eran de á veinte y dos bancos, una de á veinte y uno, y las otras dos de á veinte: las seis fustas variaban en sus portes desde el mayor al mediano, y no menos, del respectivo á dichos buques, y los bergantines no muy livianos, segun los que se usaban en los mares de adentro del estrecho.

En la galera mayor, que por cierto no era capitana, venian ciento y cincuenta *sobresalientes*, conforme á la expresión de entonces, y hasta ciento y cuarenta en cada una de las otras, la mayor parte turcos y algunos moros de Valencia. Traían por capitanes de mar como prácticos en la costa, un arreez de Velez, otro de Tetuan y algunos caballeros de Fez repartidos convenientemente por toda la escuadra; en la cual, así mismo, iban al remo hasta novecientos cautivos españoles, y mas de dos mil hombres de combate.

Para bajar hasta las cercanías del estrecho y burlar la vigilancia del señor don Bernardino, no diremos que aquella armada tuvo que hacer grandes evoluciones estratégicas; pues al cabo la de los españoles, situada en las islas Baleares, tenia puesta la vista en las costas de España, y Ali-Amet navegó siempre desde Argel hasta Oran al abrigo de las de Berberia.

Tuvieron que hacer aguada los infieles ó renovar alguna parte de la que traían á las Halhalibas y se proveyeron en el Vergelete, á pocas millas de Oran, de cuya plaza fueron descubiertos. Señoreábanla entonces los soldados del emperador; y don Alonso de Córdoba, que era su capitán, despachó inmediatamente uno de los barcos sutiles que tenia á su servicio, para dar cuenta del suceso, buscándolas por todas partes, á las galeras de España. Por desgracia el aviso no llegó oportunamente, ó mas bien no llegó nunca á donde nuestras fuerzas navales se encontraban; con lo cual la armada enemiga continuó su rumbo hacia Poniente hasta el cabo de *Entre-Folcos*, hoy de *Tres forcas*, que es en la costa de Africa delante de Melilla, el cual estaba destinado á ser mas tarde el cabo ó fin de su buena fortuna.

Demoráronse allí siete dias, no sabemos si para tomar lenguas del estado de Gibraltar y del paradero de don Bernardino, que esto es lo mas probable, ó acaso para recoger á un cierto moro llamado Abenamar que el rey de Fez puso á sus órdenes con algunos caballeros de refuerzo.

Lo cierto es que los cristianos de Tarifa descubrieron la armada turca, y que sin pérdida de tiempo avisaron de la novedad á los proveedores de Málaga, los cuales á su vez transmitieron el parte, con diferentes corredores de tierra y mar, por toda la costa de Levante.

Desdicha fué la de los gibraltareños, ó consentimiento de Dios por sus pecados, el que ninguno de los avisos fuese á dar á las islas Baleares; de manera que don Bernardino igualmente interesado por todos los puntos de nuestra costa oriental, no atreviéndose á inclinar sus fuerzas á una banda mas que á otra, por temor de engañarse en sus cálculos, siempre se mantuvo entre Ibiza y Mallorca, como puntos equidistantes de ambos extremos de la Península.

Con esto Ali-Amet hizo en paz su correría, descansando, segun se ha dicho, en el cabo de Entre-Folcos; desde cuyo punto navegó hacia Gibraltar, haciendo antes escala en Xolito, que está del Peñón á 30 millas. Llegó aquí un juéves que se contaba el noveno dia de setiembre; y sea porque en efecto lo creyese, en virtud de alguna falsa confianza, ó por despertar el valor de sus soldados, y esto es lo mas probable, envió á decir por un esquire á todos los buques de su armada, que la de don Bernardino estaba en la bahía de Gibraltar, y que con el favor de aquella misma noche habían de caer sobre ella. Prometió tres cristianos de recompensa al primero de sus navíos que embistiese á otro de los españoles; dos al segundo y uno al tercero, con mas dos piezas de paño; y con esto todos cobraron ánimo, por la codicia ó el honor, para no quedarse atrás en la pelea.

Llegada que fué la noche púsose la armada en movimiento, y bogando á todo poder, arribó la vuelta del monte, hasta ponerse por debajo de los Tartes cuando ya estaba amaneciendo.

Dicen al llegar aquí algunos de nuestros mas graves historiadores, que los buques enemigos se acercaron á dicho punto con bandera española, y que los vigías de allí fueron advertidos por todos los capitanes turcos de que aquellas eran las galeras de don Bernardino; en cuyo caso no podrian ser verdad el anuncio y ofrecimientos hechos por Ali á los capitanes mismos en la noche anterior ni lo que se dirá mas adelante. Nosotros, sin embargo, creemos mas ajustada á la verdad esta nueva relación; porque separándonos de la rutina de los que nos precedieron, nos guiamos por una carta que don Alvaro de Bazan envió al emperador sobre el suceso, como alcaide propietario que era de la plaza de Gibraltar, bien que en aquella sazón hubiese estado ausente de ella.

Hecha esta salvedad para satisfacer á los lectores escrupulosos que por acaso hayan visto lo que dice, en

su *Historia de Gibraltar*, el sabio Lopez de Ayala, continuaremos nuestra narracion diciendo: que así como la armada turca se acercó sin ser vista ni sentida de españoles hasta la playa de los Tarfes, lo cual sucedió al cuarto del alba, hallándose durmiendo los vigías, fué el primer cuidado de su caudillo examinar si efectivamente estaban en el puerto las galeras de don Bernardino, enviando al efecto un bergantín bien provisto, aderezado con las armas de Castilla en las banderas, y tripulado con renegados españoles y algunos turcos y moros de los que hablaban nuestra lengua.

Poco duró la comision del citado bergantín para dejar convencidos á los turcos de que no era aún llegada la hora del exterminio que se les preparaba, puesto que la armada española no se hallaba en la bahía; en cuyo caso, y tomando por buena señal el descuido de nuestros centinelas, resolvióse Alí Amet á echar en la playa hasta mil hombres de guerra, repartidos en cuatro banderas y un grueso destacamento. De aquellas una penetró en la ciudad hasta la iglesia por la calle de la Turba: otras dos, fuertes de quinientos soldados, y conducidas personalmente por el atrevido Caramaní, avanzaron por la falda del monte hasta las puertas de la misma fortaleza; la cuarta quedó de reserva en los Tarfes, y el destacamento susodicho se estuvo á la puerta de la ciudad para asegurar la presa y encaminarla á los navíos, caso de que el castillo no pudiera ser ganado.

Despuntaba ya el sol por la cumbre del monte, y con esto los habitantes de Gibraltar, bien ajenos de la desgracia que á sus puertas tenían, salieron como de costumbre á las faenas del campo. Era entonces la época de la vendimia, de manera que hombres, mujeres y niños, todos marchaban gozosos á sus majuelos, saliendo por las partes del Norte y del Este afuera, en tanto que desde Nuestra Señora de Europa, que está al Sur, avanzaban en regular ordenanza los soldados contrarios por tierra, y los buques por la mar al nivel de ellos.

Hasta entonces los vigías no advertían la novedad; pero cuando la presencia de los turcos en su propia atalaya se la hizo conocer y quisieron dar cuenta de ella corriendo á todo escape á la ciudad, ya no pudieron impedir el que los enemigos entrasen á la par, sin hallar por las calles la mas débil resistencia.

Tocóse sin embargo á rebato desde la fortaleza cuando á sus puertas se acercaron las dos banderas que á ella iban; con lo cual Gomez Balboa, que allí gobernaba las armas como teniente de don Alvaro de Bazan, logró reunir hasta cien hombres de defensa, entre ellos quince de á caballo, cuyo mando tomó un nobilísimo vecino llamado Andrés Suazo de Sanabria, para hacer en aquella jornada los buenos efectos que se dirán mas adelante.

De censurar sería y no poco la escasa vigilancia de los gibraltareños en aquella ocasion, si no la justificase hasta cierto punto la paz ajustada con los marroquies el año anterior de 1539. Por ella no solamente estaban de vagar las fuerzas respectivas de aquende y allende el estrecho, mas empleadas en los beneficios de la contratacion que en los destrozos de la guerra, sino que hasta llegó el caso, felicísimo si se atiende á la intolerancia de entonces, de arrendar y labrar los españoles en Africa dehesas y otros terrenos, con tanta seguridad como si estuviesen en los límites de sus propias fortalezas.

Esto advertido para mejor inteligencia del caso, tambien será conveniente hacer una reseña de la ciudad en los términos, y casi siempre hasta aquel tiempo se hallaba repartida. Y esto decimos, porque aquella se componia de dos grandes barrios; uno el de la Turba, habitado por gente pobre hácia el Sur; y otro el de la Barcina, que era el que constituia la verdadera ciudad, y como tal estaba amurallado. Habia además la Villa-Vieja, entonces de corta poblacion, tambien con muro propio, y mas que los otros barrios al amparo de la fortaleza, la cual estaba situada al Nordeste de todo el pueblo.

Fué, por consiguiente, en el de la Turba á donde primero penetraron los infieles, dando lugar á que aquel hidalgo de la Barcina, Andrés Suazo de Sanabria, ayudado por un hijo suyo, gallardo mozo de veinte primaveras, y por el regidor Francisco de Mendoza, dispusiera lo mas urgente para conjurar aquella desgracia.

Los primeros cuidados se redujeron á la salvacion de la gente indefensa; ancianos, niños y mujeres que el buen Sanabria acomodó en su casa misma, fuerte de naturaleza y por una torre con que dominaba á todas las otras; despues de lo cual y de coronar con balles-teros, aunque en escaso número, los muros de la ciudad, mandó á su hijo que se pusiese al frente de aquellos quince hombres de á caballo que pudieron reunirse, para atajar en su marcha á los infieles.

(Se continuará.)

J. FERRER DE COUTO.

Viaje de M. Roehn

POR LAS CORDILLERAS, EN BUSCA DE LAMAS.

M. E. Roehn es un naturalista francés de mucho talento y de una intrepidez extraordinaria. Pronto hará veinte años que aconsejó la aclimatacion en Francia de la raza eminentemente útil de los lamas, oriunda de la América del Sur, desde el 43° Sur hasta el 10° Norte de la cadena de los Andes. Una conviccion muy profunda de las preciosas ventajas que la agricultura podría sacar de esa naturalizacion, le condujo á viajar para estudiar sobre el terreno mismo durante diez

años, á costa de fatigas continuas y de generosos sacrificios, la historia natural, las costumbres y hábitos de la interesante familia del *camelus paco* y las cuestiones económicas que se refieren al empleo de esos animales. M. Roehn no descuidó nada para que sus observaciones fueran exactas y precisas. Dominado por la ambicion de ser útil tanto como por el deseo de instruirse, recorrió del Norte al Sur las cordilleras y recogió con cuidado bajo las diferentes latitudes todos los individuos del género que le ofrecieron caracteres particulares ó disposiciones accidentales. Así logró reunir una coleccion que le ha suministrado los mas variados elementos para un estudio comparado, cuyas consecuencias han hecho mas y mas firmes sus convicciones y sus esperanzas.

El lama y sus congéneres pertenecen á la familia de los rumiantes, y se parecen algo al prouto á los camellos pequeños, sobre todo el guanaco de las alturas de Chile. Habitan la parte superior de la cordillera de los Andes á una altura que varia entre 2,000 y 3,000 metros sobre el nivel del mar, y bajo temperaturas proporcionadas á la elevacion de los lugares. M. Roehn ha encontrado algunos en el estado silvestre á 4,000 metros; pero son muy raros á tales alturas, y sin embargo constituyen allí la especie mas preciosa, aquella que tiene la lana mas sedosa, mas larga y mas fina.

El lama es animal de carga de mucha utilidad. Puede llevar un peso de 50 á 100 kil. segun la edad y la fuerza del individuo, y camina muchos meses seguidos con su carga sin necesidad de descansar mas de una vez cada semana, y sea cual fuere el alimento que halle en el camino. En cuanto á la produccion alimenticia, el lama es un animal excelente. El peso de su carne, descontando la sangre y los huesos, varia de 35 á 80 kil. y tiene el gusto de la carne de venado. La hembra da una rica leche. M. Roehn calcula el producto del esquilado anual en 6 á 7 kil., y asegura que algunos animales pueden dar hasta 20 kil. El lama puede ser esquilado á los dos años. Si anualmente no le quitan la lana se la quita él frotándose en el suelo ó en las zarzas. El cuero del lama es superior al del carnero en fuerza y elasticidad; además tiene la propiedad singular de ser impermeable, como lo ha experimentado M. Roehn.

La altura del animal es por término medio de 1^m á 1^m 40 centímetros á la edad de tres años á tres y medio, que es cuando ha adquirido todo su desarrollo.

Sus caracteres zoológicos son los siguientes: alto por delante, cuello largo, cabeza ligera y elegante; ojos vivos, el labio superior abierto, el inferior cerrando herméticamente la boca; las orejas sin ser largas comparativamente al cuerpo, un poco redondas hácia la punta y siempre hácia adelante cuando el animal disfruta de buena salud (los viejos las llevan por lo comun hácia atrás).

El lama está rumiando casi siempre, y á menudo se le ve con dos protuberancias enormes una á cada lado de las mandíbulas. Es muy delicado para el agua. En los Andes se alimenta con una especie de graminea, el *sicce*, paja aplastada de 80 c. á 1^m que se encuentra hasta una elevacion de 3,500^m.

Entre el guanaco de las alturas de Chile que todavía se halla en el estado silvestre y que vive en rebaño en las montañas, y el lama propiamente dicho, no hay diferencia en la organizacion interior, y en la exterior hay muy poca. El guanaco es mas alto y tiene menos lana, pero en cambio puede llevar mas carga que el otro. Estos animales se hallan dotados de una constitucion que les permite soportar las temperaturas mas diversas. Su inteligencia es muy notable. Son dóciles por naturaleza y tienen mucho amor al hombre. Sin embargo, á pesar de su sumision, sienten mucho todo castigo injusto y se resisten á las exigencias tiránicas.

Al lado del interés que presentan los viajes de M. Roehn por lo que toca al estudio especial de los lamas, se hallan igualmente en el relato de sus excursiones elementos de curiosidad muy dignos de atencion. Pocos viajeros conocen como él la inmensa cadena de montañas que atraviesa la América. M. Roehn ha recorrido todas las cordilleras y las ha atravesado de un océano á otro en siete puntos diferentes. Ha visitado los picos mas altos, ha examinado su constitucion y sus fenómenos, y en este viaje ha recogido los hechos mas interesantes para todas las ramas de la ciencia. Júzguese por el estudio particular que ha hecho del cono del Chimborazo en el Ecuador.

M. Roehn fija la posicion del Chimborazo por 1°47' latitud Sur del meridiano de Quito y por 0°5' longitud occidental, y calcula la mayor altura en 7,682 varas sobre el nivel del mar.

El viajero observa que para vivir bajo el Ecuador á una altura como la base del Chimborazo, esto es, al nivel de la parte cónica del pié de la montaña en los llanos del contorno á 3,176 varas sobre el nivel del mar, se necesita ya una organizacion muy vigorosa para respirar el aire vivo y ligero que allí reina.

Cuando se atraviesa el Chimborazo para ir á Guayaquil ó á Ambato se presentan cinco caminos que tienen todos sus inconvenientes. El que pasa por el Arenal está abierto á los vientos Norte y Nordeste, vientos terribles que á veces arrebatan á los jinetes; los animales advertidos por su instinto se tienden en el suelo hasta que pasa el huracan.

Hé aquí las distancias marcadas por M. Roehn entre los puntos mas importantes de esa cordillera. Del Chimborazo al valle Viciosa donde está el Cotapaxi hay 17 leguas en línea directa. Este último volcan se halla á 20 leguas del Chimborazo y á 8 leguas N. N. E. de Tamu-

ga; su cumbre está á 6,888 varas sobre el nivel del mar; segun M. de Humboldt 5,754 metros, y segun J. de Alcalá á 18,300 piés españoles.

Del Cotopaxi al volcan de Tungurogua hay 12 leguas en línea recta; y 13 leguas S. S. E. de este último punto á la ciudad de Tacunga. El Tungurogua tiene su cumbre á 5,936 varas.

Las poblaciones mas próximas al Chimborazo además de Tacunga y Tamuga, son al Este Quito á 2,812 metros sobre el nivel del mar; al Sur Rio Bamba y mas lejos Guayaquil situada al nivel del mar; al Nordeste Ambato que cuenta 10,000 almas y está situada á 3,012 varas sobre el nivel del Océano.

El Chimborazo está en el límite de la república del Ecuador y del Estado de Guayaquil. Muchas veces se ha intentado subir á su cumbre; aun se conserva el recuerdo de la ascension que hizo la Condamine en 1745; despues de este célebre naturalista, Humboldt, Bonpland y Montufar quisieron subir tambien en 1802 y se elevaron á 1,160 metros sobre el nivel del punto á que habia llegado su antecesor; por ultimo, M. Bous-singault se elevó sobre la cumbre del Chimborazo á 6,004 metros sobre el nivel del mar, temeridad extraordinaria y que á nadie ha inspirado mas viva admiracion que á M. Roehn, que á pesar de todos sus esfuerzos no ha podido llegar á tal altura.

La ascension puede efectuarse por varios sitios. Sin embargo, el lado mas accesible, segun la opinion de los indios y de M. Roehn, es por Chuquipoguió ó Luisa al Sudeste de Ambato. La llanura de San Anonjas se queda al Sudeste de Ambato y al Nordeste de Rio Bamba; está inmediata al llano de Chuquipoguió.

Por este último valle el lado mas fácil está al Nordeste de Ambato, sobre el flanco N. N. E. del Chimborazo. La distancia de la base del cono hasta la zona de las primeras nieves es por ese lado de 4,800 metros.

Por el lado de Tortovilla al Este, el Chimborazo está mas á pico. La base del cono dista tres leguas de Rio Bamba.

Por la hacienda de Mocha que está á 3,800 metros sobre el Océano, se puede subir en mula hasta 4,808 metros y luego á pié hasta 5,115 metros, sin que sea posible ir mas adelante, segun M. Roehn á causa de la inclinacion de las diferentes cuevas que hay que pasar, de las nieves y de los frios.

La ascension no es mas practicable por San Pablo, por Granuja, ó por Ingapirea. Despues de haber atravesado las inmensas rocas de este último punto, el Chimborazo está cortado á cada paso por barrancos profundos, por picos salientes y por peñones.

Al E. N. E., el acceso es por Salinas y por Pilani; al O. S. O., M. Roehn considera la ascension hasta el punto culminante como una empresa imposible.

Dos clases de nieves cubren los flancos del Chimborazo. La que está próxima á la base no es sólida y se deshace con mas ó menos facilidad, segun la estacion y la intensidad de los rayos solares. A contar de 5,200 metros sobre el nivel del mar, la nieve que cubre la montaña hasta lo alto, es de una congelacion sólida; los indios trafican con ella y constituye un ramo muy importante de su industria.

A la altura en que se encuentra la nieve sólida se respira ya con dificultad, y este primer sintoma llega á menudo acompañado de vértigos, tanto que muchos indios caen para no levantarse mas, y algunos se vuelven idiotas.

El límite de la vegetacion de los árboles está á 3,092 metros sobre el nivel del mar, y para los líquenes á 5,458. La temperatura corresponde á 4° centígrado en verano y á 30° en invierno; ahora bien, el invierno en el Ecuador es en enero, febrero, marzo y dura á veces hasta mediados de abril, época en que se deshacen las nieves y crecen los rios.

La mayor parte de las aguas del Chimborazo se pierden en diferentes puntos de los valles próximos á esa montaña. Cerca de un cerro llamado Yana-Uren, á poca distancia de Calpi al O. N. O. de Rio Bamba (Bolivar), existe una caverna de rocas traquíticas, de donde se oye el ruido del agua que se conoce se precipita á una gran profundidad. M. Roehn asegura que ninguna sonda ha podido encontrar su fondo. Esto hace suponer que el cráter del Chimborazo estaba inundado por esas mismas aguas, y que esa circunstancia impedia las erupciones. Podria atribuirse á la misma causa el hundimiento del Cahiruasso, montaña volcánica situada á la derecha del Chimborazo.

M. Roehn ha observado este fenómeno meteorológico producido por la intensidad del frio: las columnas de aire que rodean la montaña parecen todas divergentes y sirven como de centro á todos los vientos.

El viajero que sigue la larga prolongacion de los Andes y de las cordilleras del Sur, experimenta al paso de ciertas localidades un efecto singular: es una soñolencia invencible causada ya por la sensacion del frio, ya por el calor; pero este efecto se siente sobre todo cerca de los grandes montes: un sueño irresistible se apodera del viajero que acaba por ceder á su influencia. Estos efectos son propios de las localidades en donde se producen, y en otros lugares del Ecuador de calor y frio extremados, son nulos á una elevacion de 4,500 metros.

Mas allá de 4,000 metros, el Chimborazo solo produce una planta, la pulpa terrestre que rueda entre las nieves impelidas por el viento. Esta planta tiene la propiedad de conservarse años enteros al aire libre. Basta ponerla veinte y cuatro horas en un vaso con un poco de agua dulce para que recobre la vida y eche unas florecillas de un encarnado vivo; es una miniatura del *forget me not*. Sus hojas son oblongas, abiertas

y de un verde hermoso, y aunque no se parece completamente á la *doradilla* de Méjico, tiene como esta la propiedad de secarse y de renacer.

A pesar de tantas dificultades M. Roehn subió al Chimborazo, pero solo á una altura de 5,000 metros. — De un dibujo original de M. Roehn hemos copiado la vista que damos aquí de uno de los llanos que circundan el Chimborazo, y que sirvió de punto de parada á la caravana de nuestro viajero. Estos llanos son muy desiguales y tienen lagos ó charcas de agua. Si se reflexiona en los entorpecimientos que debían resultar de una comitiva de catorce indios y de doscientos lamas, por un país que ha sufrido tan grandes trastornos naturales; si se reflexiona en fin, en la inclemencia del clima y en las dificultades tan diversas que presentaba ese peligroso viaje, se formará el lector una idea del carácter firme y resuelto, así como de la fuerza de las convicciones que guiaban al intrépido naturalista.



INDIA SUBIENDO LA CUESTA DE AGRA A AMBATO.

Gracias al cielo su energía y su vigorosa constitucion triunfaron de todas las pruebas, y M. Roehn recogió el fruto que ambicionaba. En el dia posee la coleccion de lamas mas rica que se ha visto. Pudo poner á la disposicion del capitán general de la Habana un cierto número de cabezas que se aclimataron perfectamente. La sociedad zoológica de Francia recibió del capitán general de la isla de Cuba veinte y cuatro lamas pertenecientes al rebaño de M. Roehn, y la Sociedad en cambio de esta ofrenda entregó al gobierno español para el capitán general una gran medalla de oro de 2,000 fr.; al propio tiempo que votó para M. Roehn una medalla de oro en premio de sus perseverantes esfuerzos.

M. Roehn se halla hoy en camino para las cordilleras en donde va á tomar un centenar de lamas que debe traer á Francia por cuenta de la Sociedad de aclimatacion; y piensa haber llenado su cometido dentro de año y medio.

C. M.



ALTO DE M. ROEHN Y DE LOS INDIOS DE SU COMITIVA AL PIÉ DEL CHIMBORAZO.



TEATRO DE LA OPERA COMICA. — EL PARDON DE PLOERMEL, ópera de M. MEYERBEER. — Acto segundo.



SODEFROY-DUR

EL PARDON DE PLOERMEL. — Acto tercero.

Revista de Paris.

Hemos ofrecido á nuestros lectores ocuparnos de la nueva ópera de Meyerbeer el *Pardon de Ploermel*, que sin duda llamará durante mucho tiempo la atención del público parisiense, y vamos á principiar por explicar su argumento.

Llámanse *pardon* en Bretaña una fiesta popular y religiosa análoga á las asambleas que se celebran en la Baja Normandía, el día de la Trinidad por ejemplo, ó á los *kermesses* en Flandes, donde despues de la función de iglesia los vecinos cada domingo se entregan á juegos y danzas de aldea. El argumento, original de M. Miguel Carré y M. J. Barbier, se supone durante la víspera y el día de un *pardon* en Ploermel. Dos prometidos esposos, Dinorah y Noel, pastor de cabras, vestidos con sus trajes de boda, se dirigen á la capilla de Nuestra Señora de Auray, y á la sazón estalla una tormenta que interrumpe la ceremonia y destruye la cabaña del padre de Dinorah. Noel se va despues de entregar sus ahorros al padre de Dinorah para que pueda reconstruir su cabaña; se contrata por un año con el mago Tony, descubridor de tesoros, quien promete enriquecerle.

Trascurre el año; Tony antes de morir entrega á Noel la varilla que hace huir á los malos espíritus; pero le dice al propio tiempo que aquel que toque con la varilla el tesoro, morirá un año despues. Llegó la víspera del *pardon*, y en este punto empieza el argumento. Noel, para conseguir el tesoro, se dirige á Corentin, el tocador de la zampoña, le participa el secreto y Corentin consiente; pero en el momento en que va á tocar la piedra, Dinorah que está loca desde que se marchó su prometido, se presenta en escena cantando el estribillo: «El que toque al tesoro morirá dentro de un año.» Asustado Corentin no quiere ya hacer uso de la varilla, y la da á Dinorah: Dinorah, que será la que muera, le muestra el tronco de un árbol echado como un puente sobre el precipicio del valle maldito. Dan las doce de la noche: este es el momento solemne; pero Dinorah reconoce el esquilon de su cabra favorita que se dirige al puente. Ella la sigue, cae entonces un rayo, pega fuego al puente, le corta por medio, y Dinorah queda sumergida en el precipicio. Con esta escena dramática termina el acto segundo.

En el tercer acto Dinorah, salvada por un milagro evidente de Nuestra Señora su patrona, ha recobrado su razón; cree que ha estado sumida en un sueño; Noel se arroja á sus piés, y jura que no buscará más tesoros. Sale una procesion ostentosa; Corentin toca la zampoña á mas y mejor; los muchachos arrojan flores á manos llenas, y los dos novios se dan la mano bajo un hermoso dosel con guirnalda de rosas.

Sobre este argumento Meyerbeer ha escrito una música sencilla, rica de inspiración y sembrada de melodías de una gracia y una espontaneidad que más parecen obra de un compositor de genio en los primeros años de su nimen artístico, que del que ha compuesto las complicadas armonías de los *Hugonotes* y del *Profeta*. Sin embargo, la maestría de Meyerbeer en la instrumentación se revela á cada instante, pues la orquesta no lo domina todo constantemente como en aquellas óperas. La obertura es brillante y original; en ella se oyen los motivos principales de toda la obra, entre otros el cántico de acción de gracias de Noel cuando Dinorah recobra la razón, cantado por el coro detrás del telón, novedad musical que produce el mejor efecto.

¿Cómo enumerar las muchas piezas de gran mérito que se oyen en el *Pardon de Ploermel* desde su principio hasta su fin? La lista sería larga y cansaría quizá á nuestros lectores. No obstante, séanos permitido citar algunas, las que mas han llamado la atención del público que ha podido asistir á las primeras representaciones.

El coro que abre el primer acto es de un estilo sencillo, y sin embargo muy original y muy ingenioso. El aria de Noel *O puissante magie* con su alegre *De l'or, de l'or* tiene todo el sello de una inspiración poderosa, y rara vez el compositor ha estado mas dichoso. El dúo de Dinorah y de Corentin se encuentra lleno de motivos preciosos con frases cómicas que producen el mejor efecto. El terceto que sirve de final al primer acto es una de las piezas capitales de la ópera.

En el segundo acto hay un aire de wals que canta y baila Mme Cabel, y que es una obra maestra de suavidad y de finura. El acompañamiento ejecutado por los instrumentos de viento es de una distinción suma. En el mismo acto llaman igualmente la atención el aria de Noel *Sombre destinée!* y el dúo cómico entre Noel y Corentin *Quand l'heure sonnera*, dúo que se hará célebre.

Otro terceto entre Dinorah, Noel y Corentin termina el segundo acto, pero esta vez es una gran composición de un efecto muy dramático; mientras la loca canta la canción del pajarillo, Corentin quiere persuadirla que pase el puente suspendido sobre el golfo en busca del tesoro oculto, la tempestad se desencadena con furia, y la catástrofe final está pintada por la orquesta con modulaciones de una energía sorprendente.

En el tercer acto los cantos del cazador y del segador, el *Pater*, la romanza de Noel, el dúo, el coro entre bastidores, y por último la marcha religiosa, son las piezas mas aplaudidas.

No tratamos con este frío análisis de dar á conocer á nuestros lectores una ópera que necesitaría para ser juzgada con acierto un estudio largo y detenido y una pluma mas competente que la nuestra; además, el carácter particular de estos artículos nos impide intentar á fondo tales críticas. De todos modos, estas ligeras indicaciones nos servirán para dejar consignada aquí con algún fundamento nuestra opinión favorable acerca de esta ópera. En cuanto á la ejecución diremos que es inmejorable: minuciosamente ensayada por Meyerbeer, los artistas Faure, Sainte-Foy y Mme Cabel cantan sus partes respectivas con una inteligencia y sobre todo con una igualdad que da al conjunto esa perfección que rara vez alcanzan los italianos que por lo comun desempeñan su propio repertorio con los elementos artísticos mas diversos. Por último, acerca de las decoraciones nos limitaremos á llamar la atención so-

bre los dos grandes cuadros que damos en la página precedente.

La primera noche de la representación Meyerbeer recibió una verdadera ovación del público que asistía á ella: debió presentarse en el escenario, cosa que muy rara vez se ha visto en Paris, donde no existe esta costumbre como en nuestros países y en Italia.

Sus Majestades imperiales se hallaban en su palco, y al fin del acto segundo Meyerbeer fué llamado por el emperador para recibir sus felicitaciones. M. P. de Ivoi da cuenta de la entrevista en estos términos:

«Sus Majestades recibieron al maestro con la mayor benevolencia. El emperador, despues de haberle felicitado por las bellezas que encerraba su ópera, le dijo:

— Agradezco á Vd. que dé la preferencia á la Francia para que en ella se representen obras de ese mérito.

— Señor, respondió Meyerbeer, me lisonjean tales expresiones, pero no las merezco: yo soy quien debe agradecerme á la acogida que me dispensa la Francia, el país donde encuentro los mejores artistas y los mejores jueces. Además, el reinado de V. M. me es sumamente favorable, pues el *Pardon de Ploermel* es la tercera ópera que doy desde que V. M. gobierna la Francia.

— M. Meyerbeer, dijo entonces la emperatriz con la afabilidad que la distingue, supongo que en el día no tendrá usted ya ninguna razón para dejar de dar la *Africana* á la Ópera.

— Sí, tengo una razón, respondió Meyerbeer.

— ¿Y cuál es?

— Que la *Africana* no existe.»

Estamos en la época de los conciertos, y este año la abundancia es extraordinaria. Nada diremos de ellos; los mencionamos porque tenemos que señalar un rasgo de avaricia inimitable.

Un comerciante retirado entra dias pasados á visitar á un amigo suyo á quien tenía que pedir mil perdones por no haber asistido la semana anterior á una comida para la que fué convidado.

El comerciante deseaba excusarse principalmente con la señora de la casa.

— No sé qué hacer, la decia, para que Vd. me perdone; me pongo á las órdenes de Vd., y para obtener mi gracia haré todo lo que Vd. me pida.

— Pues se me ocurre una cosa, dijo la dama despues de haber reflexionado un instante.

— Diga Vd.

— ¿Quiere Vd. tomar dos billetes de concierto?

— ¿Porqué no?

— Se trata de un artista desgraciado y de una buena obra.

— Muy bien; pero ¿cuánto cuestan esos billetes?

— Veinte francos.

— ¿Cuánto ha dicho Vd.?

— Veinte francos cada uno.

— Señora, se burla Vd. de mí... ¿Porqué no me pide usted veinte mil francos?... ¿Y para quién?... ¿Para un artista!... ¿No conoce Vd. que si diera esos veinte francos se los quitaría á mi hija?

(La pobre criatura solo tendrá 500,000 fr. de dote.)

— No se incomode Vd. No hablemos mas del asunto.

— ¡Un artista!... ¿Qué es un artista?... ¿Para que sirve? Ponerle veinte francos en la mano es fomentar el vicio y la pereza, es dar un mal ejemplo á la sociedad... Vamos, por complacer á Vd., transijo.

— No esperaba yo menos.

— Le daré á Vd. cinco francos por los dos billetes, y á fe mia no valen mas.

— ¡Me parece mentira!... Siendo Vd. tan rico, ¿cómo se atreve Vd. á negar un pedazo de pan á un infeliz artista?

— No soy rico; han dado en ponderar mi riqueza, porque todo se exagera actualmente... tengo trescientos mil francos de renta y nada mas... Y para eso tengo tantos gastos... Mis caballos y mis coches me arruinan... de los perros y de los criados no digo nada... y luego tengo sobre mí muchas obligaciones... Tengo que dar comidas, tengo que sostener el brillo de mi casa... en tanto que los artistas carecen de necesidades...

— Por supuesto, interrumpió la señora irónicamente, viven de ilusiones, se alimentan con esperanzas...

— Mire Vd., continuó el avaro, mañana iré al ministerio á pedir un destino para un joven muy pobre por quien me intereso. Tendrá 1,200 francos anuales, lo suficiente para que viva con desahogo. Así hago yo limosnas.

— Sin abrir el bolsillo.

Apresurémonos á decir que en Paris estas excepciones son raras, y que á los conciertos acude gente las mas veces con la laudable idea de ayudar á los artistas.

De todos modos, en esa concurrencia no asegurariamos que se halla en mayoría esa nueva aristocracia que componen los favorecidos por la fortuna. Esta aristocracia desdeña á los artistas, y si compra de vez en cuando cuadros y estatuas, no es por gusto, sino porque así lo exige la moda.

Ejemplo: un bolsista muy rico compró últimamente una propiedad campestre á un infeliz que habia perdido en la Bolsa toda su fortuna; no hay para qué añadir que hizo esta adquisición á un precio ventajoso, por un pedazo de pan como suele decirse.

La casa, gastando un poco en hacer algunas obras, podia llegar á ser una habitación magnífica; nuestro hombre envió á su arquitecto á fin de que la arreglara para este verano, y un día de la última semana tomó el ferro-carril y se fué á echar una ojeada á su dominio.

— He descubierto una preciosidad, le dijo el arquitecto; limpiando las maderas que cubren las paredes del salón, he hallado dos pinturas de Watteau, que son dos obras maestras.

— ¡Soberbio hallazgo en verdad! exclamó el bolsista; Watteau era un gran pintor. ¿Se venden caros sus cuadros?

— Ya lo creo; no obstante hay una desgracia.

— ¡Dios mío! ¿quizá necesitarán una restauración?

— No, señor; lo que hay es que faltan los compañeros, pues

debían ser cuatro para el adorno de la sala; yo no he podido hallar mas de dos.

— ¡Qué lástima!

— Sin embargo, no se ha perdido todo. Fácilmente hallaremos un artista que nos hará los dos restantes siguiendo el estilo de los que nos quedan, y no costarán mucho.

— ¿Cuánto calcula Vd.?

— Tres ó cuatro mil francos.

El bolsista reflexionó un instante y añadió:

— Dejemos eso; en el campo los cuadros no me gustan ni tampoco están bien; ¿dice Vd. que esas pinturas valen mucho?

— Sí, señor, pero...

— No hay pero que valga: las vendo y eso he ganado.

Así demostró este acaudalado bolsista su afición á las artes. Vamos á concluir citando un hecho, bien distinto de los que acabamos de señalar, y que ha conquistado al ilustre Lamartine un nuevo título á la admiración pública.

Ya saben nuestros lectores que el gran poeta se encuentra poco menos que en la miseria, sin que ya le quede otra esperanza que su trabajo; pues la suscripción abierta en su favor ha producido pocos resultados. En tan tristes circunstancias ha venido á morir una señora llamada Martin y residente en el departamento del Orne, que no conocía personalmente á Lamartine, y que le habia escrito muchas cartas que se habian quedado sin contestación, dejándole por heredero de todos sus bienes que representaban un valor de unos cien mil francos.

Al llegar la noticia á conocimiento de Lamartine, envió una persona de su confianza á la ciudad en donde habia fallecido la señora para que se informase de lo que habia en este asunto, y sabedor de que la difunta dejaba parientes pobres, les ha repartido por completo la susodicha herencia.

MARIANO URRABIETA.

ROSALIA.

CUENTO FANTÁSTICO.

(Conclusion.)

— Vamos á tu cuarto, me dijo; tenemos que hablar. Mi habitación era una especie de bohardilla cuya ventana daba sobre el arroyo; allí tenía yo mi lecho, mis libros y el romero que dejaba caer Rosalía todas las tardes al cruzar el puente.

Encendió una luz y subimos.

— ¡Pobre hermano mio! exclamó sin dejar de sollozar y sentándose sobre el tablado.

— ¿Pero qué sucede, Luisa? ¿A qué viene ese llanto?

— No, yo no podré consentir en ello; yo no me separaré de ti, balbuceaba: ¿qué dirá nuestra madre que está mirándonos desde el cielo?

Al punto comprendí de lo que se trataba, y se me oprimió el corazón.

— Luisa, tu marido quiere que salga de aquí: ¿es cierto?

— Sí; pero no te irás, hermano mio, no me abandonarás, ¿qué va á ser de ti?... ¡Dios piadoso!...

— ¡Pobre Luisa! dije besando con respeto una de sus manos, ¿cuántos disgustos te he proporcionado desde que nací!...

Y lloraba la infeliz con una angustia indecible.

— Cálmate, proseguí, yo partiré: tu marido lo quiere y es muy justo... yo aquí soy un estorbo con mi inutilidad.

— ¿Pero donde irás, desdichado?

— No sé; Dios me guiará... en él espero...

Luisa se retorció las manos con desesperación.

Hubo un momento de silencio: Luisa ya no lloraba y me contemplaba con extraviados ojos.

Por la parte de afuera silbaba el viento con fuerza, rasgándose en los picos de las rocas y moviendo las maderas de la ventana.

De vez en cuando se agitaba la campana de la iglesia, que producía un sonido fúnebre y quejumbroso, muy en armonía con lo triste de nuestra situación.

Yo me levanté despues de adoptar mi partido, y empecé á hacer mis preparativos de marcha.

Luisa al pronto quiso detenerme; pero no tuvo fuerzas y cayó arrodillada ante una imagen de la Virgen que habia en mi cuarto.

En el piso bajo se sentían los pasos de su marido.

¡Qué noche aquella!

Yo no sabia lo que era abandonar la pobre choza que le ha visto á uno nacer; donde ha pasado tantas penas y tantas alegrías; donde ha muerto un padre... una madre...

¡Dios mio! ¡Dios mio!

¡La casa... el hogar... es la mitad del alma; cada rincón es un recuerdo, una tradición... la vida entera de una familia!...

¡Pobre de aquel que abandona la casa en que ha nacido, aun cuando en ella haya sido desgraciado, sin sentir que el corazón se le rompe en pedazos y manda á los ojos lágrimas que abrasan!

¡Pobre de aquel que despues de muchos años de ausencia, entre en el hogar de su familia, sin descubrirse la cabeza ni murmurar una oración!

Mil recuerdos en tropel vinieron á asaltar mi pobre imaginación en aquel momento; recuerdos tristes y alegres... de ilusiones y desengaños...

En primer lugar, los recuerdos de mi niñez con todo lo que tienen de misterioso y grato para el hombre: el hombre cuando era niño, cuando su pensamiento estaba virgen de toda culpa...

El beso de la madre, la primera comunión, la bendición del padre moribundo...

Las fiestas de la aldea, el día del Señor, radiante de sol y de felicidad, la verbená, el día de los Difuntos, Nochebuena...

Todas esas alegrías domésticas, presididas por un padre ó una madre, entre los hermanos, y el mendigo que nos hace compañía en el hogar, mientras el perro nos lame la mano ó juega con las cintas de los zapatos. Todas estas ideas bullían en mi imaginación sin orden ni concierto, al pensar en mi inusitado viaje, en tanto que mi hermana arrodillada, rezaba en alta voz la poética salutación del Ángel, y el viento se estrellaba en la ventana.

— Luisa, dije con moribunda voz cuando mis preparativos estuvieron terminados, voy á partir no sé adónde; pero voy á separarme de tí quizá para siempre... No llores, que Dios es bueno y no me abandonará si tú se lo ruegas, pues Dios no desoye á los que esperan en él. Luisa, quiero pedirte un favor: tú has sido para mí mas que hermana, una madre cariñosa... por tanto, desearia que me dieras una cinta, un pañuelo, cualquier cosa que te haya pertenecido, con tu santa bendición. Despues que la haya recibido, proseguí echándome á sus piés, así que sienta sobre mi frente el beso de despedida y las lágrimas que vierten tus ojos, partiré mas tranquilo, si no mas consolado.

Luisa no hablaba, no hacia mas que llorar y besarme. Levantó los ojos al cielo, y delante de la sagrada imágen de María me dió su bendición.

Estaba amaneciendo: la mañana era fria y nublada. En el último recodo que forma el sendero de la montaña delante de mi casita, que se veía á lo lejos como una paloma durmiendo entre la jara, estaba yo aun, cubierto de escarcha y llorando.

De pronto siento ruido detrás de mí, vuelvo la cabeza, y...

¡Gran Dios!
Rosalia se presentó á mis ojos con suramo de romero y sus piés desnudos...

— ¡Adios! me dijo, y desapareció.

VI.

Yo vivia en Madrid en una habitacion tan reducida y mezquina como mis recursos.

Yo habia hecho estado en una poblacion tan populosa, ni que me ofreciese tantos atractivos; pero yo tenia aun el corazon oprimido con la triste despedida de mi pobre Luisa y con la aparicion de Rosalia, que solo á mi extraviada imaginación atribuía.

Cuando el alma está triste, los objetos exteriores nada suponen para ella, y la mia no podía estarlo mas. ¿Qué iba yo á hacer en Madrid, sin relaciones y sin dinero?

Esta pregunta que me hacia yo á mí mismo todas las mañanas al despertarme, era el torcedor de mi espíritu, que me perseguía sin cesar como el zumbido de un mosquito.

Sin embargo, confié en que Dios me inspiraría algun pensamiento de salvación.

Yo habia hecho amistad con un jóven llamado Leon, que escribia en casa de un procurador, manteniendo con su escaso sueldo á su madre y hermana; era un muchacho honrado y simpaticamos en seguida.

Me llevó á su casa una tarde: vivia en un piso quinto en la calle del Prado.

Estaba anocheciendo, y la luz de la habitacion era muy escasa: habia tres personas, su madre, su hermana, y una muchacha de la vecindad, prometida de Leon; pero yo no podia distinguir las facciones de ninguna de las tres, aun cuando estaba muy cerca de la última.

Leon era locuaz en extremo, y estando á su lado no habia medio de terciar en la conversacion mas que por monosílabos.

Yo no tenia muchos deseos de hablar; sentia una cosa inexplicable, una curiosidad de ver la cara á la prometida de Leon, que permanecia silenciosa desde que entré en el aposento.

La madre y hermana de mi amigo reian á mas no poder, y mi curiosidad crecia por momentos.

De pronto se iluminó la habitacion: miré á la jóven que estaba sentada á mi derecha y dí un grito.

La semejanza no podia ser mas completa con Rosalia. Ella me miró y se puso horrorosamente pálida.

— ¿Qué tienes, amigo mio? preguntó Leon; ¿te sientes malo?

— No, no es nada, contesté yo maquinalmente sin atreverme á levantar los ojos.

— Será alucinación de mis sentidos, decia yo en mi interior. Rosalia ha muerto: yo he visto caer la tierra sobre su cuerpo inanimado...

Y tranquilizado con esta idea, me atreví á mirar.

Esta vez no chisté ni hice el menor movimiento; pero la sangre se me heló de terror.

Era ella, tal como la ví en la ermita de mi aldea el día de la Virgen.

Sin embargo, no abrigué mas tiempo la idea de dar á aquella aparicion un carácter sobrenatural. Me admiró su parecido, y nada más...

Pero oí su voz y temblé...

La misma dulzura en su acento, las mismas inflexiones, la misma amabilidad...

Aquel portentoso fenómeno empezaba á hacerme desvariar.

Y lo que mas llamaba mi atención era la timidez con que me miraba, el rubor de su semblante al fijarse mis

ojos en los suyos, y la balbuciente voz con que contestaba cuando era interrogada.

Yo no podia estar allí mas tiempo; necesitaba respirar el aire del campo, porque me ahogaba...

Cogi el sombrero y me lancé á la calle; creo que ni aun me despedí.

Mi pecho latia con violencia, tenia calentura.

No habia duda: yo era victima de una terrible fascinación. Aquella noche mi sueño fué agitado por mil fantásticas visiones.

VII.

Pasaron tres meses; yo no habia vuelto á ver á Leon desde aquella noche, y aun cuando él me buscó con ahinco, yo traté de huir.

Mi imaginación estaba mas tranquila respecto á las ideas que el recuerdo de Rosalia me hiciera concebir; pero mi estado era el mas miserable: hacia veinte y cuatro horas que no habia tomado alimento alguno, y vagaba por la calle con vacilantes pasos, lo mismo que se desliza una sombra en la pared.

Ya no lloraba, vivia maquinalmente. La mañana estaba fria como mi corazon; y una neblina parda descendia sobre la villa, dando un aspecto fantástico á todos los objetos.

De pronto me siento coger de brazo, y oigo la voz de Leon franca y jovial como siempre.

— Celebro encontrarte, picaron. ¿Dónde diablos te has metido que no te se ha visto el pelo en tanto tiempo?

Yo me excusé como pude.

— Vente conmigo, prosiguió; hoy no me abandonas, ó mejor dicho no te abandono yo: comerás con nosotros en mi casa, y mi madre y mi hermana tendrán mucho placer en verte. Acabo de casarme no hace todavía tres horas.

— ¿Te has casado? le interrumpí.

— Hombre, qué aire tan asombrado tienes.

— Pero... ¿con quién te has casado?

— Con Rosalia; ya la conoces.

— ¿Con Rosalia? dije palideciendo: tú deliras.

— Hombre, si conoceré yo á mi mujer, prosiguió Leon riéndose de mi asombro.

Un temblor convulsivo agitó mis miembros: me apoyé en el brazo de mi amigo y marchamos.

A los pocos momentos estábamos en el umbral de su casa, jadeante ya de fatiga y con una ansiedad indecible.

La puerta se abrió, penetré en la sala y caí desfallecido sobre una silla.

Rosalía estaba allí con su traje de desposada, mas encantadora que nunca lo estuvo mujer alguna.

Tambien ella temblaba como yo: esta afinidad de emociones me volvía loco.

Leon salió por yo no sé qué cosa que habia olvidado comprar, y como tenia confianza conmigo, me dejó solo: su madre y hermana, en las habitaciones interiores, estaban disponiendo sus trajes, de modo que yo podia hablar sin testigos á aquella mujer.

— ¡Sois vos, Rosalia! exclamé sin poder contenerme y mirándola de hito en hito.

Ella hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

— ¿Pero me conocéis? ¿sabeis quién soy? ¿habeis estado en Sierra Nevada?... ¡Ah! no me engaños, por favor.

Rosalía, sin contestar á ninguna de mis preguntas, ó por mejor decir, contestando á todas ellas, sacó del bolsillo un ramo de romero y le acercó á mis labios.

Ya no dudé mas.

Cogi su mano fria como la nieve, y la besé; despues me senté á su lado, abracé su delicado talle y la dí un beso en la frente riendo como un insensato.

Ella estaba inmóvil mirándome cariñosamente.

Pero me asaltó un terrible pensamiento, y la rechacé de mi lado.

Aquella mujer pertenecia á otro.

— ¡Ah! vos me habeis engañado menospreciando mi amor por otras caricias. Vos habeis pronunciado hace poco un juramento que nos aparta el uno del otro para siempre... dejadme.

Rosalía enjugó una lágrima y se arrodilló á mis piés.

— Yo he muerto hace un año, y solo á tí pertenezco, murmuró débilmente.

¡Aquella mujer habia muerto y hablaba... ¡y latia su seno agitado, y sus labios brotaban fuego al posarse en mi mano!...

— Pero si no perteneces á Leon, si no le amas, ¿cómo te encuentro en este sitio, y cómo las galas del desposorio atavian tu delicado talle?

— Yo no amo á nadie mas que á tí, y estoy siempre donde tú estás... ¿Porqué abandonaste tu casita blanca de la aldea?

— Rosalia, por favor, dime si estoy soñando, si soy victima de una ilusión... ¡Oh, esto es imposible!

— ¿Quieres seguirme y ser mio para siempre? me preguntó rodeando mi cuello con su torneado brazo de virgen.

Yo no contesté sino dirigiéndome hácia la puerta... estaba loco.

Rosalía empezó á despojarse de sus galas, y en un momento apareció á mis ojos con su antiguo vestido negro y sus cabellos recogidos por un alfiler.

— Marchemos, dijo deslizándose por el aposento.

Yo la seguí maquinalmente, temiendo encontrarme en el camino á Leon ó alguno de su familia.

Salimos á la calle.

Yo rezaba en alta voz para libramme de aquel espí-

ritu; pero el espíritu me perseguía en mi precipitada fuga.

Tuve miedo, y caí de rodillas invocando el nombre de la Virgen.

A la mañana siguiente encontraron mi cadáver sobre las frias losas de la calle.

VIII.

En una alborada de julio caminaba yo por el sendero de la montaña que conduce á mi casita blanca de la aldea.

Las campanas de la iglesia volteaban alegremente, y arriba, en lo mas intrincado de las rocas, contestaba el esquilon de la ermita como un canto de alegría.

Era la festividad de la Virgen.

Todos los habitantes de la aldea iban en romería hácia el santuario; pero pasaban por mi lado, y aun cuando yo saludaba cortésmente á mis antiguos compañeros, nadie me devolvía el saludo.

— ¿Qué es esto? decia yo entre mí. ¿Tan desfigurado estoy que nadie me reconozca?

Y empecé á gritar: Yo soy Anselmo, buenas gentes, Anselmo que vuelve gozoso á su querida aldea...

Pero las buenas gentes pasaban sin hacer caso de mis voces ni de mi persona, y aquello empezaba á incomodarme.

— ¡Por vida mia que esto es extraño! exclamé deteniéndome por el brazo á un amigo vecino, ¿no me reconoces tú tampoco?

Pero el hombre se quedó parado sin apercibirse de nada.

Entonces yo corrí como un loco por una senda transversal que iba á parar á la márgen de un arroyo, con objeto de mirarme en su limpida corriente, y conocer de este modo el cambio que el tiempo habia obrado en mis facciones.

Me asomé... y no ví nada.

Acerqué mi semblante cuanto pude al arroyo, y... tampoco apareció en sus aguas.

— ¡Qué es esto, Dios mio! exclamé asustado. Hagamos otra prueba; y me volví dando la espalda al sol que brillaba en todo su esplendor; pero sin que se marcara en el suelo el mas ligero contorno.

Lloré, dí voces... mi oído no llegó á percibir las.

Mas ligero que el viento seguí la márgen del arroyo en dirección hácia mi casa, que asomaba por entre el ramaje.

Crucé el puente, atravesé el cercado, la puerta de la habitacion estaba abierta y penetré por ella.

¡Gran Dios!

En medio del aposento habia un hombre sentado en un banco haciendo un ramillete de flores silvestres; una mujer jóven y bonita, pero excesivamente pálida, le ayudaba en aquella operacion.

El hogar humeaba, y en el fondo del aposento, sobre la puerta que conducia al piso superior, una modesta lámpara de vidrio lucia ante una hermosa imágen de la Virgen.

Así que hubieron concluido su ramillete, ambos á dos salieron de la casa y atravesaron el puente, dirigiéndose hácia la ermita.

Yo estaba atónito: entré en la habitacion y me senté al hogar.

Y pasó la mañana, y vino la tarde.

Los alegres clamores de la gente que se retiraba de la ermita, repetidos por el eco, bajaban por la montaña de roca en roca, llegando á mis oídos mas claros y perceptibles cada vez.

Yo lloraba.

Luego se abrió la puerta, y apareció en su dintel la amante pareja que salió por la mañana.

Cenaron tranquilamente, rezaron sus oraciones y luego se retiraron á descansar; todo esto sin reparar en mí que habia estado á su mesa y me hallaba á la cabecera de su lecho.

¡Qué misterio!

Aquel hombre era...

Era yo mismo, y la mujer, Rosalia.

Toda aquella noche velé su sueño pacífico y tranquilo; pero cansado ya al ver que se prolongaba tan raro fenómeno, quise hacer un esfuerzo para llamarles la atención y volví á gritar.

Yo no me oía.

La mujer sonrió besando á su marido...

Despues la lámpara de la Virgen se agitó un momento y dejó de lucir.

PEDRO ESCAMILLA.

Las riquezas agrícolas del valle del Rhin.

EL LÚPULO.

Cuéntase que Luis XIV, al bajar la vertiente oriental de los Vosges y al distinguir ese valle tan hermoso y tan fértil que bañan las aguas del Rhin, exclamó: « Hé ahí el jardín de la Francia. » Electivamente, un verdadero jardín constituyen la Alsacia y el ducado de Baden, dos comarcas hoy de nacionalidad diferente, pero que están unidas por el clima, la naturaleza del terreno, las costumbres y el lenguaje de sus habitantes, y que proceden de una madre comun: la Alemania.

El valle del Rhin, limitado en Francia por los Vosges y en Alemania por la Selva Negra, presenta en el verano un aspecto risueño por la gran variedad de sus producciones agrícolas. El trigo, el cáñamo, los nabos, la remolacha, la viña y el tabaco, mezclan sus hojas

de mil colores alfombrando admirablemente esa hermosa comarca que encanta los ojos como el mosaico mas armonioso.

Entre esas riquezas agrícolas hay algunas que tienen un interés particular consideradas bajo el punto de vista de las costumbres de los habitantes. Son estas el lúpulo, el cáñamo, el tabaco y las coles. Algunos detalles sobre estos productos, sobre su cultivo y su importancia comercial, interesarán sin duda á nuestros lectores.

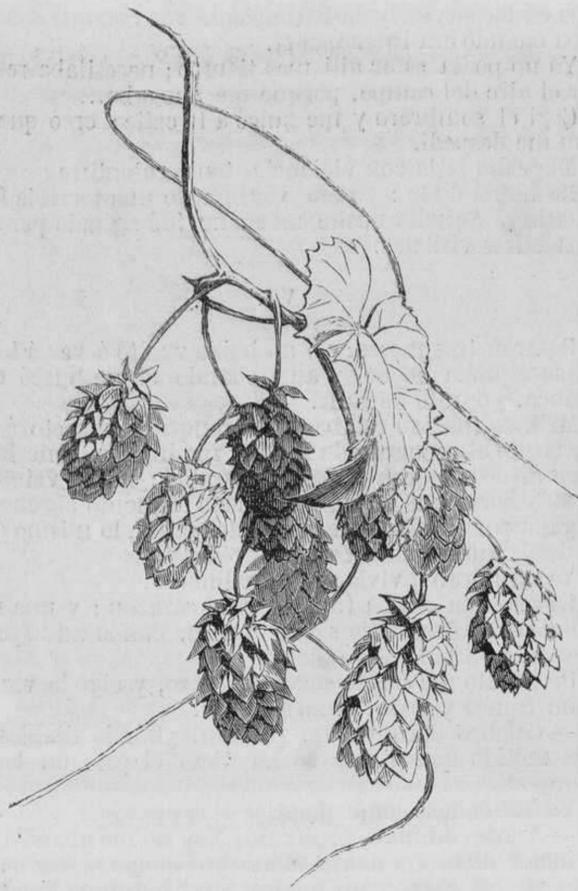
Principiaremos por el lúpulo, cuyo cultivo reporta á la Alsacia mas de 4 millones de francos anuales.

La historia del lúpulo es inseparable de la de la cerveza, pues el lúpulo debe la importancia que ha obtenido á su propiedad de dar á la cerveza un sabor amargo y de impedirle que se tuerza.

La Alemania es la patria de la cerveza. Tácito, en su descripción de la Germania, habla de un brebaje fabricado con cebada fermentada, en el cual debemos ver el origen de la cerveza. La tradición atribuye su invento á un rey de Brabante llamado *Gambrinus*, y aun en el día los cerveceros se enorgullecen de contar un rey entre los antepasados de su industria. Las capitulares de Carlo-Magno recomiendan que se prepare la malta (cebada) con propiedad, y en ellas se hace mencion de los fabricantes de malta (*braceatores*) en oposicion con los fabricantes de sidra y la bebida de peras (*siccratores*). Para designar ese brebaje de malta se empleaban las palabras *cerevisia* (cerveza espesa y fuerte), *biera* y *cunnum* (cervezas mas flojas). Llamaban tambien *oel* (aceite) el licor obtenido por la cebada fermentada, nombre que se ha conservado en el *ale* inglés.

Pero esas bebidas no pueden llamarse cerveza, si no entra el lúpulo en su fabricacion. En el año 822 encontramos un acto por el cual el abate Adelardo de Corvey dispensa á los molineros de sus dominios del cultivo del lúpulo. En los siglos X y XI, se habla á menudo en los títulos ó cartas de tributos de lúpulo hechos á las iglesias y á los monasterios. En el siglo XIII se mencionan campos de lúpulo (*humularia*).

El código de leyes llamado *Espejo de Sajonia* (*Sachsenspiegel*) contiene varias disposiciones sobre la atribucion de la propiedad de los lúpulos que pasan la cerca de separacion de dos heredades.



EL LÚPULO.

En el siglo XIV el plantío del lúpulo era muy común en Alemania. Muy luego le emplearon en los Países Bajos, y en el siglo XV se usó en Inglaterra. La fabricacion de la cerveza se perfeccionó en los

conventos, donde la vida en comun exigia grandes provisiones. Cuando se aumentó la importancia de las ciudades y la industria comenzó á desarrollarse en ellas, se formaron corporaciones de cerveceros, y el comercio de la cerveza tomó un gran desarrollo. Las cervezas de Brema, de Hamburgo y de Lubeck cobraron mucha fama y se hicieron de ellas muchas exportaciones marítimas.

El cultivo del lúpulo se extendió sobre todo en la Bohemia, y despues de este país, las comarcas que le producen mejor son las siguientes: la Franconia en Baviera, donde brilla en primera línea el pueblecillo de *Spalt*; la Sajonia; *Schwetzingen* y *Heidelberg*, en el ducado de Baden; y *Rottenburgo*, en el Wurtemberg.

En Alsacia el cultivo del lúpulo no tiene mas de cuarenta años. Desde hace algun tiempo se ha extendido mucho, y los puntos de *Bischwiller* y de *Oberhoffen* tienen mucha fama.

El lúpulo (*humulus lupulus*) de la familia de las *ur-ticeas*, es una planta trepadora cuyas flores son dioicas, esto es, los machos y las hembras están en dos planos diferentes. Los sarmientos son huecos, contienen un zumo dulce, y están guarnecidos de ganchitos con los cuales se prenden de los objetos que enlazan trepando de izquierda á derecha. Las hojas están opuestas dos á dos en los nudos de los tallos; su superficie es rugosa con las orillas recortadas en ondas agudas. Las flores machos se componen de un cáliz con cinco hojillas sin corola; tienen cinco filamentos ocultos en el cáliz, que se abre en julio arrojando un polvillo (*pollen*) amarillo que el viento lleva sobre las flores hembras.

Los lúpulos hembras, que son los que se cultivan casi exclusivamente, tienen flores reunidas y dispuestas en racimos opuestos dos á dos. Cada flor se compone de una cascarilla en cuya base está el ovario coronado con dos agujas. Estas flores dan un fruto oblongo en forma de cono, de medio centimetro de largo, de un verde claro que en su madurez se pone amarillo claro ú oscuro. Estos frutos se forman con las cascarillas, que tienen todas en su base interior una semilla que en la época de la madurez se guarnece de una harina amarilla que contiene un aceite aromático de un olor agradable. Esta harina amarilla, llamada *lupulina*, suministra la materia necesaria para la fabricacion de una



LA GOSECHA DEL LÚPULO EN LOS CAMPOS.

cerveza sabrosa y que se conserva.

Hay algunas variedades de lúpulo, á saber: el rojo, el verde, el verde y blanco, el amarillo y el azul. En los Países Bajos hay lúpulo blanco y gris. Según la época de la madurez, dividen los lúpulos en variedades precoces y tardías.

El buen lúpulo se reconoce por sus conos espesos y oscuros; contiene mucha lupulina; es resinoso al tacto, y su olor, aunque fuerte, es agradable. Los conos grandes, largos y abiertos, tienen menos lupulina y aroma.

El clima mas conveniente para el lúpulo, es un clima cálido y algo húmedo, sin cambios repentinos de temperatura. El lúpulo quiere aire y sol. Conviene plantarle en las vertientes orientales de las colinas al abrigo de los vientos del Norte. Los huracanes pueden causar grandes destrozos en los plantíos arrancando las varas y rompiendo los sarmientos.



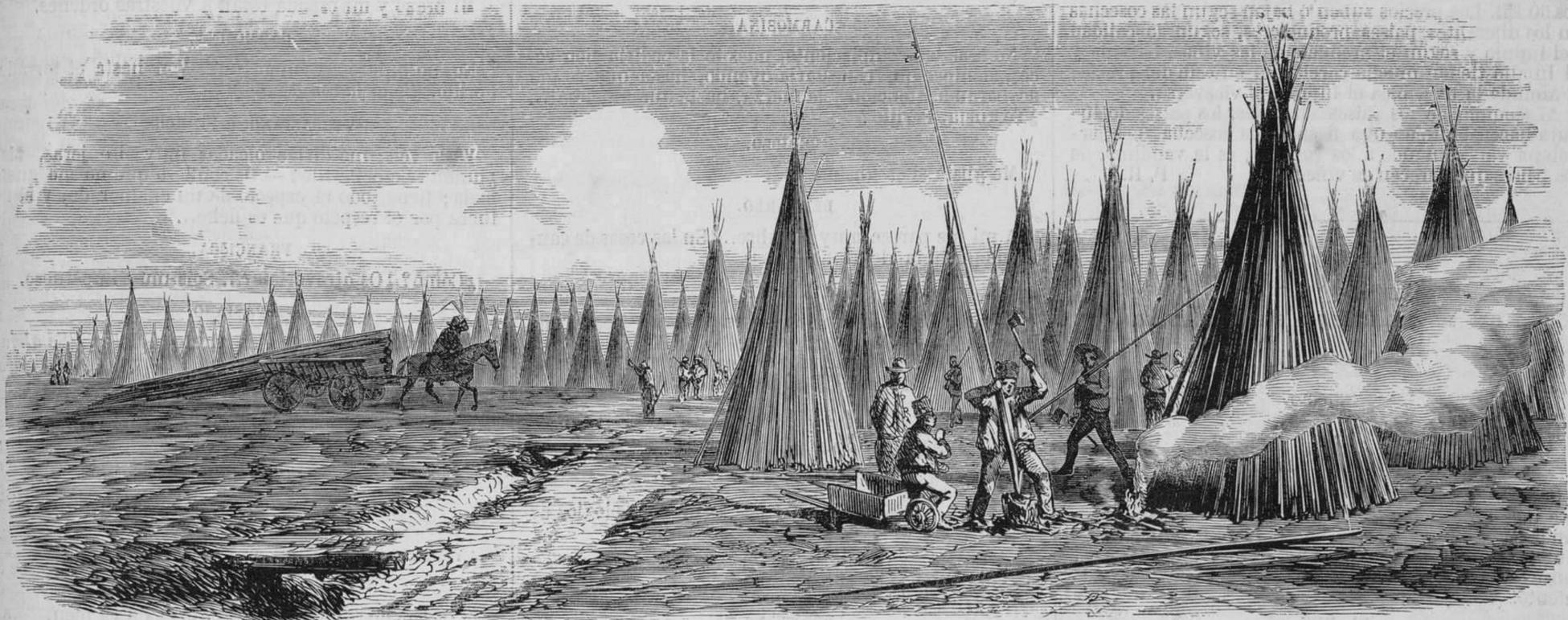
MODO DE LIMPIAR EL LÚPULO.

El terreno mas propio para el cultivo del lúpulo es aquel en que dominan la arena y la arcilla. Los terrenos demasiado húmedos deben secarse previamente.

El lúpulo echa raíces muy hondas, y para que estas raíces puedan extenderse libremente, es preciso que el terreno esté labrado hasta cerca de un metro de profundidad. Es muy esencial la buena preparación de la tierra.

Se obtienen plantones de lúpulo cortando los tallos y los vástagos que las raíces echan anualmente. Ordinariamente se deja un espacio de 1^m,70 entre cada planton de lúpulo para darle así el aire y el sol que necesita. El plantel debe formar calles en cuadro abiertas hácia el Mediodía. Se hace colocando estacas á cuyo lado se abre un hoyo donde se echa estiércol, y en medio se colocan dos plantones. Este trabajo se ejecuta con preferencia en la primavera.

Como el lúpulo es una plan



UN CAMPO DE LÚPULO EN INVIERNO.

ta trepadora, es necesario darle un apoyo para que los sarmientos puedan elevarse fácilmente. Con este fin se emplean varas de 10 á 12 metros de largo, de alerce ó de abeto. La parte que entra en la tierra está cortada en punta y carbonizada. Las quitan la corteza para que no se aniden los insectos. En cada hectárea se ponen de 3,000 á 4,000 varas.

En cuanto los plantones han nacido, se procede á una primera labranza con el fin de hacer permeable al aire el terreno y destruir las yerbas inútiles. A veces se aprovechan los espacios libres para el cultivo de coles, rábanos y nabos; pero estas plantas chupan la savia del terreno, y es mejor renunciar á ello.

Para facilitar la ascension de los vástagos á lo largo de las varas, hay que atarlos con juncos ó con paja húmeda. Las ramas laterales deben estar podadas á fin de que se haga fuerte el tallo. Esta poda de los pámpanos se continúa casi hasta la época de la cosecha. El lúpulo



LA PAGA DE LOS OBREROS

lo está sujeto á varias enfermedades y expuesto á los destrozos de un crecido número de insectos. Sucede con frecuencia que en julio, época en que el lúpulo se halla en plena savia y echa una masa de ramas y de hojas, un cambio repentino de temperatura detiene la circulacion de la savia que se proyecta entonces en la superficie, donde forma una untura azucarada, invadida muy luego por millares de pulgones. La planta se marchita. Otros animales nocivos tiene el lúpulo cuando está tierno; pero hay medios para preservar de estos enemigos y destruirlos.

La cosecha del lúpulo precoz se hace por lo comun en la segunda quincena de agosto, y la del tardío á principios de setiembre. Conviene mucho para ello un tiempo seco. Se principia por cortar los sarmientos á unos 2 metros sobre la tierra; se arrancan las varas y se ponen sobre unos caballetes. Si el tiempo no permite hacer la recoleccion en el campo, cortan los sar-

mientos, los atan y los trasportan á las habitaciones. Si el tiempo es favorable, ponen debajo de los caballetes donde colocan las varas un lienzo grande recogido por sus cuatro lados. Los obreros rodean los caballetes, arrancan los conos y los dejan caer sobre el lienzo; despues los echan en unos cestos y los cargan en un carro para llevarlos al lugar donde deben secarse. El trabajo se paga á razon de 10 céntimos por cada cesto.

Despues de haber recogido las varas, las colocan en pirámide en el mismo campo del lúpulo. En cuanto á los extremos de sarmientos de cada cepa de lúpulo, los arrollan y los ocultan en el agujero formado por la extraccion de la vara.

Recogido el lúpulo es preciso secarle. Segun los países varían los sistemas que hay para ello. El mas general consiste en secar el lúpulo en los graneros sobre bastidores de lienzo en forma de tamiz, y que sobrepone como las tablas de un estante. En los graneros debe haber muchas ventanas que se tienen abiertas de dia y se cierran de noche. Extienden los conos en los bastidores y los revuelven dos veces cada dia con la mano, teniendo cuidado de que no se caiga el polvo lupulina. Cuando los conos están secos vacían los bastidores en el suelo, y todos los dias se aumentan los montones, revolviéndolos para impedir la fermentacion. A fin de que el lúpulo se seque, aun cuando el tiempo esté húmedo, hay estufas y ventiladores en muchos graneros. Secándose lentamente, conserva mejor el aroma.

Cuando está enteramente seco, se pone en costales que pesan por lo comun de 75 á 80 kil.

El cultivo del lúpulo da un buen beneficio, pero debe calcularse el producto de un campo por una serie de años, pues los precios varían mucho. Hay año en que el lúpulo se vende á 50 francos, y otro á 300 y 400 fr. los 50 kil. Los precios suben ó bajan segun las cosechas en los diferentes países productores, segun la calidad del lúpulo y segun el producto de las viñas. La viña y el lúpulo tienen mucha correlacion en esto del precio; si abunda la uva, baja el lúpulo, y viceversa.

Al ejemplo de los países viñícolas, los países de lúpulo hacen tambien una fiesta de la cosecha. Los jornaleros van cantando á los campos; es la vendimia de los países que carecen de viñedos. P. R.

CARMOSINA

FOR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

MINUCCIO.

Lo sé, y voy á deciros...

LA REINA.

No, Minuccio; te doy gracias por la buena opinion que tienes de mí para confiarme tu honor; pero estando comprometido, dejo de ser tu reina en este instante, no soy mas que una mujer que no quiere ser causa de que un hombre pueda tener un remordimiento. (Vase.)

EL REY.

Sepamos el misterio.

MINUCCIO.

¿Ha olvidado V. M. quién quedó vencedor en el último torneo?

EL REY.

Fuí yo.

MINUCCIO.

Pues el héroe de la cancion es V. M.

EL REY.

¿Qué dices?

MINUCCIO.

En todo lo que he contado no hay una palabra que no sea verdad. Esa jóven que os he pintado hermosa, encantadora y muerta de amor, existe y vive á dos pasos de vuestro palacio; mandad á uno de vuestros oficiales que me acompañe, y luego os dará cuenta de lo que ha visto. Esa pobre criatura espera la muerte; os hablo porque ella me lo ha dicho; su hermosura, su resignacion y su dolor son tan ciertos como el amor que os profesa. — Se llama Carmosina.

EL REY.

¡Es cosa singular!

MINUCCIO.

Y V. M. ha visto hace poco al jóven á quien estaba prometida, que habia ido á estudiar á Padua y que confiaba casarse con ella á su regreso; él es quien solicitó entrar en el ejército de Nápoles; tambien él morirá, os lo aseguro, y mas pronto que ella, pues procurará que le maten combatiendo.

EL REY.

Mis recelos he tenido. Pero no, yo impediré todo eso; quiero ver á esa jóven.

MINUCCIO.

Se halla en tan triste estado...

EL REY.

No le hace, la veré; ¿te sorprende?

MINUCCIO.

Temo que vuestra presencia...

EL REY.

¿No estabas dispuesto hace un instante á declararlo todo delante de la reina?

MINUCCIO.

Sí, Señor.

EL REY.

Pues ven conmigo á su aposento.

ACTO TERCERO.

Un jardin. — A la izquierda una fuente con asientos. — A la derecha la casa de maese Bernardo. — En el fondo un terrado y una verja.

ESCENA PRIMERA.

CARMOSINA, sentada en un banco; cerca de ella PERILLO y MAESE BERNARDO. — MINUCCIO, junto á la fuente con la guitarra en la mano.

CARMOSINA.

¿Qué bonita cancion, Minuccio! ¡El Amor sin esperanza!

MINUCCIO.

¿Quereis que la repita?

CARMOSINA.

No seas tan complaciente, pues te la pediria cien veces, siempre querria estarla oyendo, hasta que se me acabaran la atencion y la fuerza, hasta que muriese!... ¿Te gusta, Perillo?

PERILLO.

Me gusta si os gusta á vos.

BERNARDO.

A mí me parece muy lúgubre... En las cosas de canto me gusta la alegría.

CARMOSINA.

Es verdad que la cancion no es risueña, pero ¿qué importa? Es bonita por otro estilo. Habla de amor, habla de penas y dolores, y los enamorados, ó son los mas dichosos del mundo, ó los mas infelices.

BERNARDO.

¿Qué quieres? No me gusta.

CARMOSINA.

Nuestro rey Don Pedro ha hecho muchos elogios de la cancion, ¿no es verdad, Minuccio!

MINUCCIO.

Sí; lo mismo que la reina.

BERNARDO.

Buen provecho; para mí, lo repito, es demasiado triste.

CARMOSINA.

Perillo es quizá de la misma opinion que mi padre, pues le veo triste.

PERILLO.

No, os juro que no lo estoy.

CARMOSINA.

Si lo estuvieras, me harias creer que no me has perdonado enteramente.

PERILLO.

¿Lo imagináis?

CARMOSINA.

Me prometo que no; sin embargo, conozco que soy muy culpable. ¡He sido muy loca, muy ingrata, y tú, pobre amigo mio, habias estado ausente tanto tiempo!... Pero ¿qué quieres? ayer me sentia muy mala.

BERNARDO.

¿Y ahora?

CARMOSINA.

Nada temais; esta vez podeis dar mis males por concluidos.

BERNARDO.

Ayer dijiste otro tanto.

CARMOSINA.

Sí, pero hoy es otra cosa. Ayer experimenté un momento de bienestar, luego un dolor muy agudo. No hablemos mas de ayer, á menos que no sea para que Perillo me repita cien veces que lo ha olvidado.

PERILLO.

¿Puedo pensar en mí cuando veo que recobras la vida? Nada he padecido, pues que te veo sonreir.

CARMOSINA.

Olvida pues tus padecimientos como yo mi tristeza.

ESCENA II.

Los Mismos, VESPASIANO, FRANCISCA, saliendo de la casa.

VESPASIANO, á Francisca.

¿Qué os habia dicho? No podia ser menos; ¡mirad ese bonito cuadro de familia!

FRANCISCA.

Sois un hombre sin igual para arreglar las cosas.

VESPASIANO.

No era nada; una palabra ha bastado. No he hecho mas que repetir á vuestra amable hija lo que Sus Majestades me habian dicho á mí.

FRANCISCA.

¿Y ha consentido?

VESPASIANO.

No puedo decir que sí; ya sabeis que el pudor de una jóven...

CARMOSINA, levantándose.

¡Vespasiano!

VESPASIANO.

¡Princesa mia!

CARMOSINA.

Estais hablando con mi madre... queria pedir os el brazo.

VESPASIANO.

Mi brazo y mi espada están á vuestras órdenes.

CARMOSINA.

No, no quiero ser importuna. Ven hasta el terrado, Perillo. (Se aleja con Perillo.)

VESPASIANO, á Francisca.

Ya lo veis; me dirige ojeadas muy lisonjeras. Mas ¿quién es ese Perillo? — Os confieso que no me gusta nada; tiene todo el aspecto de un enamorado, y si no fuera por el respeto que os debo...

FRANCISCA.

¿Cómo? ¿Os atreveríais?... Sois muy impetuoso.

VESPASIANO.

Es verdad; decíais que en punto al dote... (Se alejan paseándose.)

ESCENA III.

MINUCCIO, MAESE BERNARDO.

BERNARDO.

¿Y tú crees eso, Minuccio?

MINUCCIO.

Sí; escucho, observo y creo que todo va bien.

BERNARDO.

¿Su alegría no te inspira recelo ninguno? ¿Y obras tú tambien con sinceridad? ¿Porqué no quieres decirme lo que ella te ha confiado ayer?

MINUCCIO.

Ya os he dicho que nada tenia que responder: ella me habia encargado, como estais viendo, que trajera á Perillo. Apenas se probó la armadura, el pájaro se volvió á su nido.

BERNARDO.

Todo eso es muy extraño y muy oscuro. ¿Y porqué la cantas esa romanza que alimenta su tristeza?

MINUCCIO.

Produce un efecto contrario. ¿Pensais que trato yo de serla perjudicial?

BERNARDO.

No por cierto, pero no puedo menos de estar con cuidado...

MINUCCIO.

Mal hecho; esperad hasta la hora de las vísperas.

BERNARDO.

¿Porqué hasta esa hora? Por tercera vez me lo repites sin querer explicarte.

MINUCCIO.

No puedo decir mas, por la razon de que no sé nada.

BERNARDO.

Vete al diablo con tus misterios... ¿Qué se prepara pues para esa hora? ¿Qué debe suceder? ¿Nos hará el rey una visita?

MINUCCIO, aparte.

No cree haber dicho la verdad. (Alto.) Amigo mio, esperanza y valor. Si todo no se arregla á las mil maravillas, hago pedazos mi guitarra.

BERNARDO.

¡Buen desquite! En fin, veremos, ya que no hay más remedio que tener paciencia; pero no te perdono ese modo de conducirme conmigo.

MINUCCIO.

No dudeis de mí, al contrario, depositad en mi vuestra confianza.

BERNARDO.

No dudo, pero eres discreto en demasía. — Escucha; tengo que decírtelo todo á pesar de que eres tú tan reservado. Una cosa hay aquí que me hace, no diré dudar sino temblar... La noche pasada atormentado por mi inquietud me acerqué suavemente al cuarto de Carmosina para ver si dormía. Por la rendija de la puerta entré el gozne y la pared la ví sentada en su cama con una luz al lado; estaba escribiendo, y de tiempo en tiempo se ponía á reflexionar profundamente, y luego tomaba otra vez su pluma como si obedeciera á una inspiración repentina. Mi turbación ó mi curiosidad al verla así creció de punto. Entré; al instante su luz se apagó y oí el ruido de un papel que ella escondía debajo de la almohada.

MINUCCIO.

Sería la despedida al pobre Antonio que, según creo, ha sentado plaza de soldado.

BERNARDO.

Mi hija lo ignoraba.

MINUCCIO.

¡Oh! no; ¿acaso un amante huye en silencio? No se suicidaría sin decirlo.

BERNARDO.

No sé; pero estoy tentado de creer... Ya vuelve ese necio con Francisca... Vamos á casa; quiero que lo sepas todo.

MINUCCIO.

Vuestra hija le ha llamado también; ya veis que lo que quiere es divertirse. *(Entran en la casa.)*

ESCENA IV.

VESPASIANO, FRANCISCA, que salen por el fondo del jardín.

VESPASIANO.

En cuanto al dote me doy por contento, y corro á casa del escribano para que extienda las escrituras.

FRANCISCA.

Celebro mucho vuestras disposiciones conciliadoras...

VESPASIANO.

No he pensado en el interés; mi objeto principal es entrar en vuestra familia.

FRANCISCA.

Mi marido pondrá algunas dificultades; entre nosotros sea dicho, es un pobre hombre.

VESPASIANO.

Eso es lo de menos. Lo que sí quiero es que las bodas sean magníficas. El rey asistirá á ellas.

FRANCISCA.

¿Será posible?

VESPASIANO.

Y bailará con vos, amiga mía. Sereis la reina del baile... Corro á casa del notario.

ESCENA V.

CARMOSINA y PERILLO salen por el fondo.

CARMOSINA.

Antonio, tienes que hacerme esa promesa. Piensa en lo que sería de mi padre si yo llegase á faltar del mundo.

PERILLO.

¿Porqué esos crueles pensamientos? No hablabas así hace un instante.

CARMOSINA.

Yo soy su favorita en este mundo; casi su única alegría. Si llegara á perderme, no sé cómo soportaría esa desgracia. Tu padre fué su último amigo, y cuando te quedaste huérfano, Perillo, ya recordaras que esta casa fué tuya. Al vernos comer juntos decían en la vecindad que maese Bernardo tenía dos hijos... Si debiera quedarse con uno solo...

PERILLO.

¿Y las esperanzas que nos has dado?

CARMOSINA.

Es verdad, amigo mío; pero debes prometerme que le cuidarás; que no le abandonarás nunca... Sé que has hecho una petición y que piensas salir de Palermo... pero si quieres tienes tiempo todavía... Me parece que oigo ruido.

PERILLO.

No es nada; no veo á nadie.

CARMOSINA.

Tienes tiempo aun para cambiar de resolución... lo sé, estoy bien convencida de ello. No te hablo de ese paso, ni del motivo que le dictó; pero si es cierto que me has amado, ocuparás mi lugar cuando yo no exista.

PERILLO.

Nada quiero cuando tú no existas.

CARMOSINA.

Es preciso; si eres un hombre honrado cumplirás mi última voluntad... Te dejo el cuidado de mi padre.

PERILLO.

Carmosina, me hablas como si tuvieras un pié en el sepulcro. Esa romanza que repetías con tanto gusto hace un instante, es tu propia historia, no lo niegues... quieres morir...

CARMOSINA.

¡Cuidado! No hables tan alto.

PERILLO.

¿Y qué importa que me oigan si digo la verdad?... ¿Porqué engañarnos?... ¿Porqué engañas á nuestro padre? ¿Porqué afectas delante de él ese reposo, esa esperanza que no tienes, esa alegría que está tan lejos de tí?

CARMOSINA.

No tan lejos como te figuras. Cuando Dios nos llama á sí, nos envía mensajeros secretos que nos advierten. No he hecho ningun bien en el mundo, pero tampoco he producido grandes males. La idea de aparecer ante el Juez Supremo no me ha inspirado nunca el menor temor; lo sabe, se lo he dicho, y me ha perdonado y me dá ánimo. Tengo muchas esperanzas de ser dichosa, como me lo aseguran mis presagios.

PERILLO.

¿Tanto le amas, Carmosina?

CARMOSINA.

¿De quién hablas?

PERILLO.

No sé; pero la muerte solo carece de tales atractivos.

CARMOSINA.

No te pierdas en vanas conjeturas, ni quieras penetrar un secreto que no podría ser bueno para nadie; lo sabrás cuando yo no exista. Me preguntas porqué engaño á mi padre. Por la razón de que franqueándome con él haría una cosa cruel é inútil. Tampoco te habria hablado á tí del modo que lo he hecho, si no hubiese tenido que cumplir con un deber, y ahora te pido que no hagas traición á mi confianza.

PERILLO.

Nada temas; pero por tu parte prométeme...

CARMOSINA.

No insistas; hay males que no tienen remedio, amigo mío. Ahora sube á mi cuarto, toma esta llave, con ella abrirás un cofre que está detrás de la cabecera de mi cama... hallarás un hermoso vestido... un vestido que no llevaré mas y que me puse para las fiestas de la reina... debajo leerás un papel escrito que guardarás cuidadosamente y en secreto... ¿puedo confiar en tí?...

PERILLO.

¿Es tu testamento, Carmosina?

CARMOSINA.

No merece ese nombre. ¿De qué puedo yo disponer en el mundo? Poca cosa es eso que llaman un testamento... en él hallarás tu parte, Perillo.

PERILLO.

¡Mi parte!... ¡Qué honor!... ¿Piensas que es posible?...

CARMOSINA.

¡Silencio, por piedad! Luego seguiremos hablando en mi cuarto... Es tarde... es la hora de las vísperas.

ESCENA VI.

CARMOSINA, sola.

¡Tu parte, pobre amigo mío!... mejor habria debido ser, y bien la merecias si un destino implacable no me hubiese puesto á la vista... ¡Dios poderoso! ¿Qué blasfemia sale de mis labios? ¡Oh dolor! ¡Santo dolor mío! ¿Cómo me atrevería á quejarme de tí?... Eres mi único bien, mi vida y mi muerte... y te conocen ya... ¡Oh, Minuccio! amigo digno y leal; te ha escuchado, se lo has dicho todo, se ha sonreído con ternura y me ha enviado una sortija... *(La besa.)* ¡Conmigo descansarás! ¡Ah! ¡qué gozo, qué júbilo esta mañana cuando oí decir: «Lo sabe todo!» ¿Qué me importan ahora mis lágrimas y mi dolor y todos los tormentos de la muerte? Sabe que sufro y lloro... Sí, Perillo tenía razón: mi

alegría delante de mi padre ha sido bien cruel... pero ¿podía yo contenerla? Solo con mirar á Minuccio mi corazón latía precipitadamente.... Minuccio le habia visto, le habia hablado... ¡Oh, amor mío! ¡Oh hechizo inconcebible! Mi dolor es satisfacción, muero tranquila, y mis deseos están cumplidos. ¿Lo comprendió así al enviarme esta sortija? ¿Comprendió que al decir que le amaba, decía que iba á morir? Sí, debió adivinarlo. Me puso en el dedo este anillo que se quedará solo en mi tumba cuando yo no sea mas que un poco de polvo... ¡Gracias, gracias, Dios mío! Voy á morir... ¡Y muero gozosa!... *(Se oye llamar á la puerta del jardín.)* Creo que llaman... ¡Miguel!... ¿Nadie hay aquí?... ¿Cómo no han dejado sola? *(Se acerca á la casa.)* ¡Ah! todos están ahí en la sala baja... Leen un papel y se consultan... Minuccio quiere contenerlos... ¿Me habrá vendido Perillo? *(Llaman de nuevo.)* Son dos señoras veladas... Miguel, ¿dónde estás?... Abre.

ESCENA VII.

CARMOSINA, LA REINA, MIGUEL abriendo la verja.

(Una mujer que acompaña á la reina se queda en el fondo del teatro.)

LA REINA.

¿No vive aquí el médico maese Bernardo?

MIGUEL.

Sí, señora.

LA REINA.

¿Puedo hablarle?

MIGUEL.

Le advertiré.

LA REINA.

Espera un instante. ¿Quién es esa jóven?

MIGUEL.

La señorita Carmosina.

LA REINA.

¿La hija de tu amo?

MIGUEL.

Sí, señora.

LA REINA.

Basta; á ella busco.

ESCENA VIII.

CARMOSINA, LA REINA.

LA REINA.

Señorita... *(Aparte.)* ¡Es muy linda! *(Alto.)* ¿Sois la niña de maese Bernardo?

CARMOSINA.

Sí, señora.

LA REINA.

¿Puedo pedirlos, sin ser indiscreta, un instante de conversacion? *(Carmosina la hace señal de que se siente.)* ¿No me conocéis?

CARMOSINA.

No podría decir...

LA REINA, sentándose.

Tengo parentesco... un poco lejano... con un jóven que vive aquí, según creo, y que se llama Perillo.

CARMOSINA.

En casa está... si quereis verle...

LA REINA.

Luego. — Soy extranjera, señorita Carmosina, y ocupo en la corte de España un puesto elevado. Me intereso muchísimo por ese jóven, y quizá un dia mi crédito podría ser muy útil para su fortuna.

CARMOSINA.

Todo se lo merece.

(Maese Bernardo y Minuccio aparecen en el umbral de la casa.)

BERNARDO, bajo á Minuccio.

¿Quién está con mi hija?

MINUCCIO.

Silencio, venid conmigo. *(Se le lleva.)*

LA REINA.

Justamente sobre ese punto deseo aclarar algunas dudas, y os pido mil perdones por la extrañeza que puede causaros el paso que doy.

CARMOSINA.

Es muy natural; sin embargo, mi padre os responderá mejor que yo... voy á llamarle.

(Se continuará.)

La bendición de las aguas en la Baja Normandía.

Dos palabras sobre una costumbre local legada por la tradición y que se conserva religiosamente en la Baja Normandía; queremos hablar de la bendición de las aguas que se verifica el 23 de abril, día de la fiesta de san Marcos, con la gran pompa que se ve figurada en nuestro dibujo. ¿Cuál es el motivo de esta ceremonia en la que se hallan tan interesados los habitantes de esa comarca campestre? — Es un motivo de gran consecuencia para el país: se pide al bendito san Marcos que interceda cerca del Altísimo en favor de la cosecha. En las Rogativas, la ceremonia se repite durante tres días consecutivos; pero esta vez quiere el uso que las plegarias se dirijan directamente a Dios.

X.

La romería DE SANTA VICTORIA EN LA PROVENZA.

La romería del monte de Santa Victoria cerca de Aix en la Provenza es antiquísima; data de mas de un siglo antes de la era cristiana. Se debe á una victoria de Mario que salvó al mundo romano y á la civilización de una invasión de bárbaros procedentes del Báltico y de las márgenes del Don. Señalaremos aquí algunos detalles de aquella batalla en que los provenzales tomaron una parte gloriosa, para explicar el entusiasmo popular que se ha perpetuado hasta nuestros días, y que ha embellecido el hecho histórico con leyendas maravillosas.

Esta batalla es una de las mas sangrientas que ha habido en el mundo. Mario gastó tres años en prepararla. Cuando se visitan las ruinas que atestiguan aun las obras gigantescas que el general romano debió emprender para llegar á sus fines, cuando se encuentran aun bajo la tierra restos de cascos y de espadas y se recuerdan las escenas de aquel gran drama, la imaginación se espanta pensando en aquella horrible carnicería.

« Fué, dice el antiguo cronista Nostradamus, en el año del mundo 3817, un siglo antes del Redentor, y en el ejercicio de su cuarto consulado, cuando Mario, hombre de guerra hecho para el ruido y las armas, obtuvo aquella memorable victoria contra los cimbras no lejos de los baños de Sextio, hoy la ciudad de Aix, capital de la provincia. El choque del combate tuvo lugar en un ancho campo á tres leguas de esa ciudad, llamado el llano de Pourrieres... la batalla fué tan terrible, que doscientos mil ambrones, con su estrépito y sus gritos horribos quedaron muertos sobre el terreno; hubo ochenta mil cautivos, y Tentobochus, su rey, quedó prisionero. Hazaña heroica que por la quinta vez llevó al grande y victorioso capitán al honor del consulado soberano. Desde entonces nuestra Provenza mereció ser celebrada por las plumas mas ilustres, y el poderío de los romanos fué mortalmente temido por todos los rincones de la tierra. »

Los bárbaros cuando

emigraban llevaban en pos de sí á las mujeres, los niños y los viejos, formando así poblaciones enteras que iban á buscar una vida mejor en climas mas templados. La mujer era entre ellos igual al hombre, y en aquella jornada desastrosa se condujeron quizá mejor

es un pueblecillo edificado sobre la orilla derecha del Durance por una colonia marsellesa, y patria del escritor Petrone, á quien debe su nombre *Vicus Petronii*. Pertuis debía toda su prosperidad al comercio de granos destinados al abastecimiento de la ciudad de Aix, y como agradeció vivamente el servicio hecho al mundo con la ruina de los ambrones, se encargó de perpetuar el recuerdo con una fiesta que se celebra todos los años el 24 de abril, aniversario de la batalla.

Confieso que soy aficionado á las fiestas populares; si el lector lo es tambien, pongámonos en marcha. El camino no es bueno; es preciso subir la cuesta de Santa Victoria que tiene mas de 300 toesas. En lo alto de esta montaña hay una ermita adonde se dirige la caravana. La romería, como hemos dicho ya, no tiene nada de religiosa en su principio; pero el cristianismo se apoderó de la fiesta y modificó su carácter. Mario habia dado á la montaña el nombre de *Mons Victoriae*, y la glesia la consagró á la santa de este nombre.

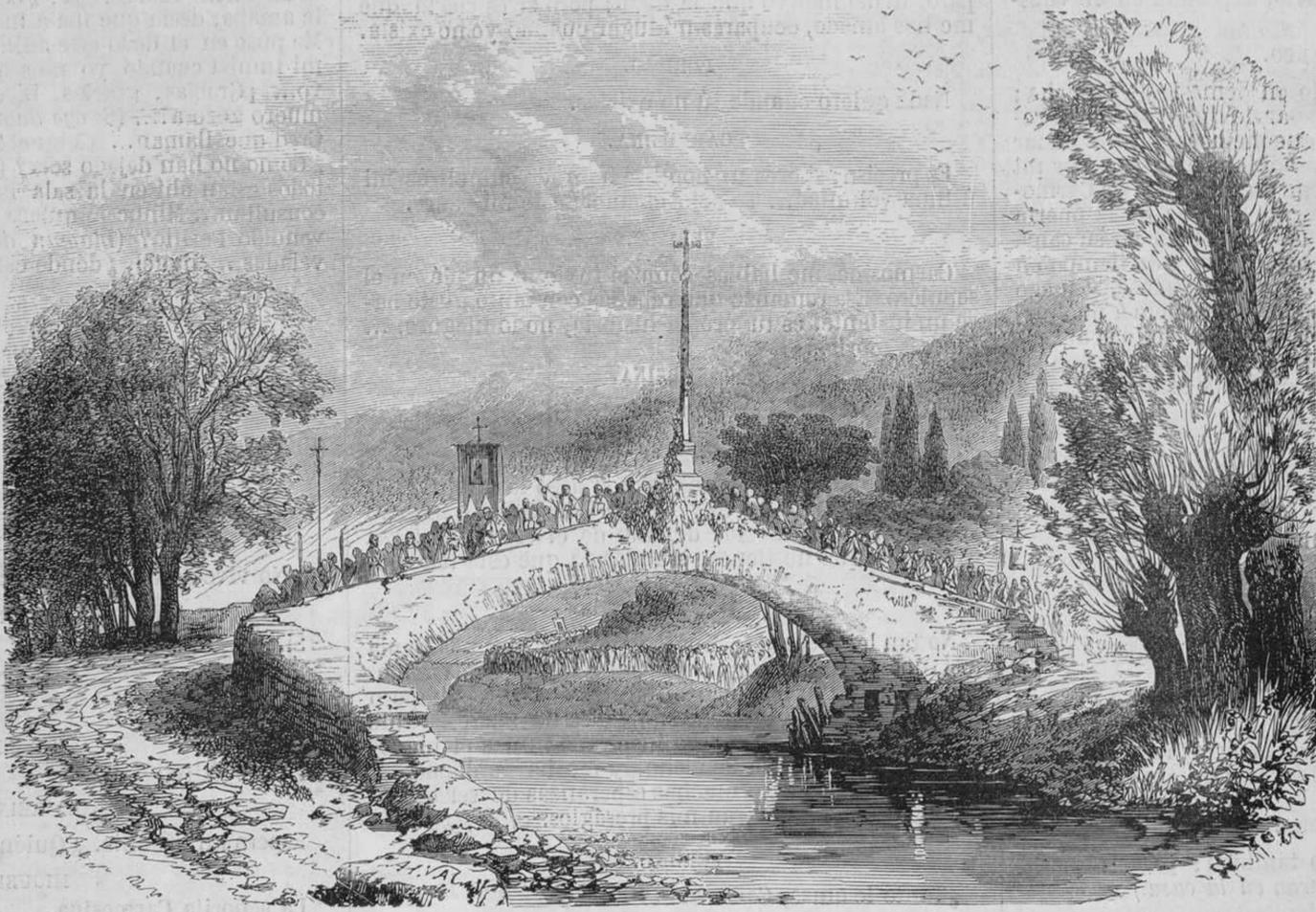
El 24 de abril al rayar el alba recorren los tamboriles el pueblo de Pertuis para anunciar la marcha. Todo el mundo está ya de pié, mujeres, niños y ancianos. El mal tiempo no es obstáculo para la celebración de la fiesta, de la que se habla muchos días antes en las veladas, y tambien muchos días despues. Los ancianos mas achacosos se rejuvenecen aquel día, y en cuanto á los chicos, á pesar de la vigilancia de los padres, se escapan los que pueden y se reúnen á la caravana.

Hé aquí la gente en procesion. Dos jefes se ponen á la cabeza, encargados de la dirección y buen orden del cortejo que marcha al son de los tamboriles. Cuando se pasa el vado, el batallón se encamina en línea recta por los senderos destinados al ganado. En estas comarcas, el sol calienta en abril y cae á plomo sobre la gente, acostumbrada á esos calores tropicales.

Quando se llega á la falda del monte se hace un alto á la sombra de los pinos para tomar un refrigerio. Los convidados sentados en la yerba reciben pan, frutas secas y otras provisiones que han llegado cargadas en borricos, y que distribuyen los jefes. En esa comida hay algo de pintoresco que recuerda los tiempos antiguos; es el maná en el desierto.

Despues de descansar un rato, la caravana comienza á subir la cuesta. Dentro de un instante la seguiremos; y ahora nos detendremos en el valle de Vauvenargues al pié de ese castillo adornado de torrecillas que se halla edificado sobre un cerro aislado en medio del valle. En su contorno hay praderas, sauces y árboles frutales que trepan á lo largo de sus muros coronados de almenas. La construcción es del siglo XIV. El interior es notable por la hermosura y grandeza de los aposentos; se encuentra allí un museo de armaduras antiguas y de armas de fuego que datan de la época en que se empezó á emplear la pólvora de cañon.

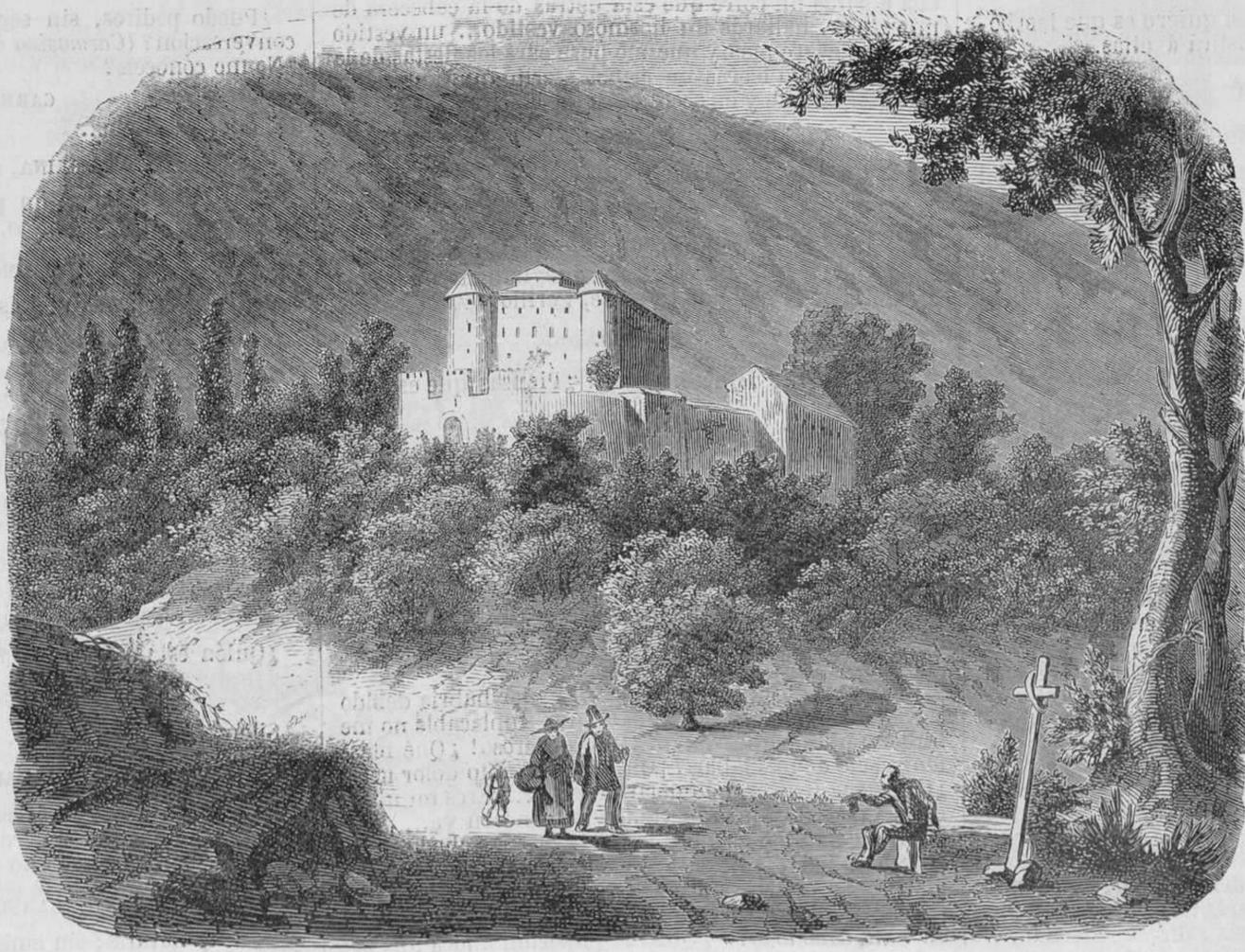
Este castillo perteneció desde tiempo inmemorial á la familia de los Vauvenargues, á la que pertenece todavía. Allí el moralista de ese nombre pasó su infancia, así como tambien los últimos días de una



LA PROCESION DE LA FIESTA DE SAN MARCOS, EL DIA 23 DE ABRIL, EN LA BAJA NORMANDIA.

que sus esposos. La lucha se empeñó en las orillas del Aix. Los ambrones flaqueaban ya, cuando sus mujeres se apoderaron de las armas, hachas, espadas y puñales, y entraron en la pelea furiosas de dolor y de rabia, pegando sin distinción sobre sus enemigos y sus maridos para rechazar á los unos y para hacer que volvieran los otros al combate. Los romanos espantados con tal audacia se retiraron á su campo. El honor de aquella jornada pertenece exclusivamente á las mujeres de los ambrones. Pero el valor es impotente contra la táctica, y dos días despues Mario tomó tan bien sus medidas, que ni el valor ni el número pudieron salvar á los ambrones, y aquel inmenso ejército de emigrados quedó á servir de abono en los campos de Pourrieres, *Campus putridus*.

Entre los provenzales los habitantes de Pertuis fueron los que ganaron mas en aquella victoria. Pertuis



EL CASTILLO DE VAUVENARGUES, CERCA DE AIX, EN LA PROVENZA.

vida tan corta como desgraciada, y allí compuso los escritos que nos ha dejado, escritos emanados de un alma pura y serena que respira entera en sus *Máximas*, su mejor obra. El mejor elogio que podemos hacer de este escritor es citar algunas de sus máximas tomadas al acaso.

« Menos gracia tienen los primeros días de la juventud, que la virtud naciente de un joven. »

« Los que desprecian al hombre no son grandes hombres. »

« La experiencia hace mas víctimas que la habilidad. »

« El primer suspiro de la infancia es por la libertad. »

« En el corazon nacen los grandes pensamientos. »

« La paciencia es el arte de esperar. »

Meditando en estas máximas nos reuniremos con la caravana que sube ya la cuesta. Los niños corren y en breve se rinden de cansancio. Los ancianos se detienen y miran atrás; la pena les oprime el corazon, pues la vejez no conoce la esperanza. Aun hay algunos que suponen que la cuesta es cada año mas escarpada. El hombre joven marcha derecho delante de sí, y no conoce el cansancio. La montaña es verdaderamente un camino árido; rocas y matorrales. No se ve ni la mas humilde de las flores en el hueco de una piedra. Los torrentes han arrebatado la tierra vegetal y el sol lo ha secado todo. Pero; qué espectáculo tan brillante se distingue desde la cumbre! Pueblos, montañas, selvas, la tormenta á nuestros piés, y en el horizonte el mar y su vista sin límites.

Lo primero que hacen los viajeros al llegar á la estrecha meseta que corona el monte, es reunir un monton de leña seca para encender una hoguera en señal de alegría. Los habitantes de Pertuis reunidos en una esplanada fuera de la poblacion, responden á esta señal con otra hoguera, y manifiestan con gritos de júbilo que toman parte en la obra emprendida. Despues de la victoria los soldados de Mario anunciaron á la comarca por medio de una hoguera que encendieron en la misma roca, que estaba ya libre para siempre de los bárbaros.

Pero el sol baja en el horizonte; en tanto que cada cual busca un abrigo para descansar cuando haya llegado la noche, visitaremos nosotros las ruinas y las curiosidades que se encuentran en esos lugares elevados. La cumbre del Santa Victoria remata en una roca de doble pico; entre ambos se halla un terreno liso y descubierto, en el cual á fuerza de trabajo, y reuniendo la poca tierra que se pudo hallar en toda la montaña, se for-



ROMERIA DE SANTA VICTORIA.



LAS RUINAS DEL MONASTERIO DE SANTA VICTORIA.

debajo se encuentran bóvedas subterráneas. Al Mediodía la montaña está cortada á pico á una altura prodigiosa. En ese punto existió un convento del que subsisten aun algunas ruinas. Walter-Scott que en su novela titulada *Cárlos el Temerario*, lleva á Margarita de Anjou á ese convento, supone que el edificio era del género gótico mas antiguo y del mas sombrío estilo sajón. No salimos garantes de la verdad de estos pormenores. Las ruinas son muy hermosas, pero nada prueba que el edificio fuera de estilo gótico. La iglesia que es de una época posterior, existe aun entera; en el fronton de su portada se lee aun el año de la construcción: 1676.

Los carmelitas descalzos fueron los primeros que habitaron ese convento. Pero el demonio, celoso sin duda de las duras privaciones que esas rocas inhospitalarias imponian á los traltes, los trataron poco mas ó menos como á San Antonio y consiguieron ponerlos en fuga. Despues se establecieron en el monasterio los carmelitas calzados y los camaldulenses. En 1681, dice el catálogo historial de los arzobispos de Aix,

Gerónimo Grimaldi, arzobispo de Aix, permitió á los religiosos camaldulenses que se establecieran en la ermita de Santa Victoria. Allí estuvieron algunos años nada mas, porque la congregacion de la órden no quiso dar su consentimiento. Desde esa época el monasterio solo fué habitado por ermitaños.

Al amanecer todo el mundo está en pié; el cura de Vauvenargues celebra la misa, á la que asisten los peregrinos con gran devocion. Cada uno de ellos deposita su ofrenda. Despues de la misa, los peregrinos van á visitar un lugar cuya celebridad tuvo principio en la superstición pagana: es el Garagai.

El Garagai es un golfo sin fondo, es quizá la boca de un volcan apagado. Se cuenta que en la víspera de la famosa batalla la profetisa Galla prometió la victoria á Mario en la orilla del Garagai. El día que siguió al exterminio de los cimbras, el general romano obedeciendo á los preceptos de la pitonisa, mandó precipitar al golfo á trescientos prisioneros teutones que consagró á las furias infernales. Ese precipicio tomó entonces el nombre de Galla Cau, de donde vino Garagai por corrupcion. Desde aquella época la superstición tiene por condenados esos lugares. Aun en el día los habitantes de la comarca no se acercan sin temor al Garagai; y cuentan sobre él historias que les hacen pasar entretenidos las largas veladas del invierno.

mó en otro tiempo un huertecillo, del que solo queda en el día un poco de cesped que se pone verde en la primavera. En medio hay una cisterna sin agua, y

Gerónimo Grimaldi, arzobispo de Aix, permitió á los religiosos camaldulenses que se establecieran en la ermita de Santa Victoria. Allí estuvieron algunos años

No lejos de ese abismo hay otro igualmente maravilloso; es un pozo de unas 100 toesas de diámetro, abierto á mas de 60 toesas. En su fondo se ve un bonito prado natural. Los pastores de Vauvenargues tienen la costumbre de bajar á él con unas cuerdas sus cabras ó sus ovejas enfermas, y las dejan allí algunos meses. Ordinariamente las sacan despues en buena salud, y atribuyen á un poder oculto lo que se debe sin duda á los buenos pastos. E. C.

En un album.

Eva cuando se vió en el paraíso
Contempló el mundo con curioso afán;
Pero al mirar á Adán, Eva no quiso
Contemplar otra cosa que su Adán.

Le vió, se vió: sus formas femeninas
Con las de Adán de presto comparó,
Y al ver de Adán las fuerzas masculinas
Sin Adán incompleta se sintió.

Ella le contemplaba enamorada;
Enamorado la admiraba él
Por sus castos cabellos cobijada
La brillantez sedosa de su piel:

Por entre su flotante cabellera
Asomaban sus hombros de marfil,
Su leve pié blanqueaba en la pradera
Sobre las flores gayas del pensil;

Mientras dos tiernos lirios, columpiados
A impulso de la brisa matinal,
Sobre sus formas tersas reclinados
Realzaban su blancura sin rival.

De Adán los pensamientos se prendian,
Como la yedra al árbol, á sus piés,
Y sus bruñidos miembros descubrian
De los espesos rizos al través.

Eva inocente sonreía y gozaba
De los dos tiernos lirios al vaiven;
Y amando ya, mas sin saber que amaba,
Sobre el hombro de Adán puso la sien.

Y sometido Adán á tanta prueba,
Creyó acaso en la dicha de los dos,
Y amando ya, mas sin saberlo, á Eva,
Ni vió el Eden ni se acordó de Dios.

Pero el primer ardiente sentimiento
Con que aquel par feliz se estremeció,
No fué tan grato como fué el acento
Que el primer hijo de su amor vertió.

Si el bello paraíso fué á sus ojos
De los dos una espléndida mansión,
El primer hijo les mostró, entre abrojos,
Otro Eden, el Eden del corazón.

Y Eva dijo á su esposo: «No lloremos
Porque en mi seno hay ángeles, Adán:
¡Ven! y á Dios y sus obras adoremos
Ya que el Eden del corazón nos dan:

Y si fuimos lanzados de improviso
De aquel primer magnífico jardín,
Ya tenemos, Adán, un paraíso
En nuestro primogénito Cain.»

Y Adán sintióse transformado todo
Por una nueva y pura inspiración,
Y dijo: «Yo te amé, mas de otro modo,
Eva, ya tengo nuevo el corazón.

Por aquel hijo de mi amor yo siento
Algo que nunca te podré explicar...
¡Duerme! ¡ay! Eva por Dios, ten el aliento
Y no vayas su sueño á perturbar.»

Y sentáronse juntos los esposos,
Y así olvidaron el primer jardín,
Y mas que en el Eden fueron dichosos
Al ver su primogénito Cain.

Así tú, hermosa, angelical María,
Aquellos gratos bienes probarás,
Y en el nuevo hijo que el Señor te envía
Tú con tu tierno esposo gozarás.

Será como el de Adán idolatrado,
Pero no desgraciado como aquel,
Porque Dios en tu seno le ha formado
Mas feliz y tan bueno como Abel.

Si la opulencia columpió tu cuna,
Si naciste entre encajes y entre olan,
Otra mejor riqueza, otra fortuna
Tus hijos y tu esposo te darán.

Tu compañero ante tus piés rendido
Tributa culto á tu virtud y amor:
Cada hijo es un nudo bendecido
Que amarra y enamora á tu Señor.

Cada nuevo retoño continúa
De la familia el lazo entre los dos,

Y el vínculo sagrado perpetúa
De los dos seres que bendice Dios.

Que otro alabe tu gracia y tu belleza,
Y tu elegante y fresca juventud:
Todo lo tienes tú, mas tu riqueza,
Si; tu riqueza, amiga, es tu virtud.

Tu talle erguido, tu bruñida frente,
Tu acento melodioso y seductor,
Y tu mirada como el sol ardiente,
Y esas tus formas que torneó el amor,

No tienen el poder de los sonrojos
Con que sabes tus gracias defender:
Cuando cubren los párpados tus ojos
Se ve al ángel guardando á la mujer.

Yo te bendigo, amiga, y yo bendigo
Al compañero que el Señor te dió;
Si sois felices, lo será el amigo
Que os respeta y os ama como yo.

JULIO ARBOLEDA.

Bogotá, enero 5 de 1839.

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO.

NOVELA ORIGINAL DEL CORONEL

DON MARIANO RUIZ-LORENZO.

(Conclusion.)

VIII.

Oigamos á los cuatro personajes discurrir sobre la crisis, y al quinto, Atanasio, que aparecerá pronto, cuya parte en el diálogo marcaremos con At., y la de don Fernando con una F.

— F. Felices noches, señoras. Amigo, vengo de la casa de enfrente.

— S. ¿De casa del señor ex-ministro? Ya lo dijimos hace poco.

— F. Ni un alma ha parecido esta noche por su casa, fuera de dos ó tres amigos que le apreciamos y á su amable familia con el mayor desinterés. Las señoras están tan desazonadas...

— S. ¡Lo que es el mundo! Luego que han sabido...

— F. ¿Y le coge á Vd. de susto?

— S. Al contrario, cada vez estoy mas convencido de que...

— D. Todo es una farsa. Intereses, intereses: hé aquí la opinion que prevalece.

— S. Sin embargo, yo conozco personas...

— A. Muy juiciosas, muy sensatas, de firmes convicciones políticas. Pero mi hermana por su corazón juzga al ajeno.

— D. Yo no niego que las haya. Pero es tan escaso el número...

— F. Demasiado cierto es por desgracia el parecer de Vd., señorita.

— S. Bien: y despues de todo ¿qué sacaremos en limpio? Porque si he de juzgar por lo que pasa en mi casa, difícil es saber á qué atenerse.

— D. La cosa es bien clara. Sabe Vd. que Ruidera es novio de Ana; que está empleado en el ministerio, y que con fundamento ó sin él, tenia esperanzas de que su jefe le adelantase en su carrera. Como ha caído...

Aquí fué interrumpida Dorotea por un fuerte campanillazo que se oyó; viéndose á poco entrar á Atanasio medio sofocado con la agitacion que traía, habiendo atropellado á la infeliz criada que queria detenerlo para anunciarlo con el ceremonial de costumbre; y arrojando el sombrero en una silla, exclamó con voz medio ahogada: ¡señoritas!... ¡señores!...

Y sin mas cumplimientos se sentó en el confidente sin poder apenas hablar.

— A. ¡Jesus, Atanasio, qué fatigado viene Vd.!

— At. Hay ciertas impresiones que causan tal agitacion...

— A. Ya... pero deben tomarse con calma.

— S. Ciertamente. Además, Vd. está bien quisto, y no debe importarle nada la mudanza...

— At. ¿La mudanza del ministerio? Al contrario; la deseaba, porque...

— D. ¿Qué tal?

— F. ¿Usted la deseaba?

— At. Sí por cierto. El que va á ser elegido ministro de mi departamento, ó por mejor decir, el que ya está elegido, pues á estas horas habrá jurado en manos de S. M. el nuevo ministerio, es mi antiguo protector el director del periódico donde yo escribia, que tan amigo es de mi padre; y no hace diez minutos que acaba de ofrecerme ir á provincia con doce mil reales; esto es, doblando el sueldo que ahora disfruto y con el que me era imposible atender á las próximas obligaciones que... Con que me parece... me falta la respiracion... pero creo que me habrán Vds. comprendido.

— D. (Riéndose.) ¡Perfectamente!

— A. ¿Quiere Vd. beber un poco de agua? Tranquílcese Vd.

— D. Sí, tenga Vd. mas calma, porque... Hermana, ¿qué dices ahora del cambio de ministerio?

— At. Supe la crisis cuando salí de aquí, y en vez de ir al concierto, me dirigí á indagar, y por las noticias que recogí pude deducir las probabilidades... corrí á casa de mi padrino, y...

Lo avanzado de la hora y la inconsecuencia de aquel

charlatan, apuraron la paciencia de don Fernando, quien cogiendo su sombrero y alargando la mano á su amigo don Severo, con una significativa mirada, que fué correspondida por parte de este con un arqueamiento de cejas, cortó la conversacion, exclamando al mirar su reloj:

— F. Las doce: ya es hora de recogimiento. Hasta mañana.

Y saludando en general, desapareció.

Don Severo, que habia acompañado á su amigo hasta la puerta del gabinete, dijo á Atanasio:

— S. Habrá Vd. sentido la caída de su jefe.

— At. Yo le diré á Vd.: como últimamente no corrimos bien...

D. Pues no decia Vd. hace poco que era tan bueno, que le queria Vd. tanto que... Vamos, un cambio tan repentino, es...

— A. ¡Tan repentino!... Mas repentina ha sido la mudanza del ministerio, y ya ves que es un asunto mas grave.

— D. ¡Me hace gracia la salida!

— At. Ya se ve, no puede uno á veces decir todo aquello que siente, porque hay cosas...

— A. Tiene razon.

— S. No puedo aprobar esa falta de agradecimiento, de consideracion siquiera hácia una persona á quien se debe...

Mientras así hablaba don Severo, cuchicheaban los novios, saliendo del conciliábulo el expresarse Atanasio en estos términos:

— At. Señor don Severo, ya sabe Vd. mi buena suerte y lo que voy á ganar en poco tiempo. Espero pues que no nos negará Vd. su beneplácito para que se cumplan los deseos de Anita y míos.

— S. Pero, amigo, estodebe mirarse con mas calma. Apenas ha caído el ministerio... é improvisar así sin mas ni mas una boda... Además, Vd. tiene padre, y las conveniencias sociales exigen que al menos...

— At. Sí señor, es cierto. Pero mi padre es un hombre ajeno á ciertas etiquetas de la sociedad; y todo lo que sea sacarlo de entre sus terrones... Cuanto yo haga dará por hecho. Por otro lado, Vd. conocerá que andarse en circunloquios ni rodeos de eso que se llaman conveniencias sociales, no es mas que malgastar el tiempo. En esta época todo debe hacerse al vapor, osadamente. Y si no, vea Vd. cómo yo me fui derecho al grano. Si hubiera esperado á que el nuevo ministerio hubiese tomado posesion, de seguro habria llegado tarde. Tal vez mañana recibiré la credencial, y ya ve Vd. que no se puede perder el tiempo, porque tendré que marchar y...

— A. Eso es verdad.

— S. Ya sabe Vd. que la dificultad que oponia á su enlace con mi hija, era el sueldo tan escaso de que Vd. gozaba. Si efectivamente obtiene Vd. el nombramiento...

— D. Se lo quitarán mañana; porque si volviesen los ministros caídos...

— At. Eso es imposible. Si Vd. estuviera en ciertos secretos...

— A. ¡Qué!... ¡imposible! Tenian muchos enemigos, la opinion se manifestaba muy compacta, y no es fácil...

— D. Pues no pensabas así hace poco.

— S. Tiene razon.

— A. No habia necesidad de decir la verdad de cómo pensaba. Ahora lo digo francamente: me alegro que hayan caído.

— At. Si era consiguiente. Yo estaba deseándolo por momentos. Otros, otros que hagan la felicidad de la patria.

— D. ¡De la patria!... ¡Pobre patria, todos la tienen en boca, y no hay cosa de todos mas olvidada!

— S. Es verdad, hija mia. Mira, ve si está la certa, porque es demasiado tarde. Y si el señor gusta...

— At. Gracias. Con las impresiones recibidas en tan poco tiempo, se me ha pasado sin sentir la hora.

— S. Son cerca de las doce y media.

Saludó Atanasio y marchó, yéndose á cenar don Severo y sus hijas.

IX.

Todo el dia siguiente lo pasaron las hermanas, especialmente Ana, con una gran ansiedad por la noticia que les trajo la criada cuando fué á la compra, de que habia amagos de armar jarana. Esa es fruta propia del verano, exclamaba Dorotea; y disuadia á su padre para que no saliese de casa, como en efecto lo logró.

No cesaba Ana de ir y venir al balcon, procurando observar los semblantes de la poca gente que bastante de prisa pasaba por la calle, sin que de ello ni del interrogatorio que sufrió el aguador, única persona que en todo el dia habia entrado en la casa, pudiese deducir cosa cierta.

Al fin llegó la noche y se sintió llamar. Ana acudió precipitadamente á abrir, prescindiendo por esta vez del severo ceremonial; porque no hay cosa que haga mas lisa y llana á las personas montadas en la exagerada etiqueta aristocrática que las novedades de semejante jaez; é interrogó á don Fernando, pues era él, con la pregunta que tan en boga se halla de ¿qué hay?... la cual, á menudo sustituye á la de preguntar como antes, por la salud de la persona á quien se habla.

Don Fernando le contó que todo estaba tranquilo, y que lo de la jarana solo habian sido voces esparcidas por gentes de no buena intencion. Y como al entrar en

el gabinete fuera diciendo que habia otras novedades de importancia; don Severo, que le habia salido al encuentro alargándole la mano, le preguntó tambien con el mayor interés.

— F. Amigo, si no lo hubiera visto y oido, no lo creyera. Porque parecia tan positivo...

— A. Vamos, acabe Vd. de tranquilizarnos, don Fernando.

— F. No sé si conseguiré hacerlo con todos. Vengo de la casa de enfrente.

— A. ¿De casa del ex-ministro? Qué, ¿le han desterrado?

— F. Nada de eso; al contrario. Subia yo la escalera cuando suena un carruaje, me paro á ver quién era, y me encuentro con el señor ministro, que habia dejado de ser ex, pues acababa de ser llamado por S. M. para manifestarle que de ningun modo admitia su dimision ni la de sus colegas.

— D. ¿Con que ha resucitado el ministerio? ¡Lance mas peregrino!...

— A. Vamos, eso no puede ser.

— F. ¿No? pues venga Vd. y se desengañará. Con efecto, se asomaron al balcón apartando un poco la cortina y vieron muy iluminadas las salas.

— S. ¡Y cuánta gente va entrando!

— D. ¡Y con qué sonrisa van todos! ¡Para el diablo que los crea! Pues señor, ¡buena leccion!

Fué anunciado Atanasio, quien entró saludando y manifestándose muy placentero.

— A. Usted sin duda no sabe...

— At. ¿Que la crisis ha desaparecido? Pues nada mas natural. La opinion pública se manifestó en favor del ministerio dimisionario, y S. M., con ese buen tacto que demuestra, sus deseos del bien general...

— A. Pero ahora...

— At. Ahora quedaremos como antes. ¿Qué mal hay en esto?

— D. ¡Yo no he visto unas transiciones mas rápidas!

— A. ¡Transiciones!... Dáles su verdadero nombre: llámalas diplomacia y acertarás.

— S. ¿Qué dice Vd. á esto, amigo?

— F. Que esto ó cosa parecida es lo que comunmente pasa, no solo aquí, sino lo mismo en Portugal, en Francia... en fin, en todas partes.

— S. Entonces con razon podremos decir, que este mundo es un fandango.

— F. Ciertamente, amigo, y un tonto el que no lo baila.

— D. Si no da al traste antes de concluir el baile.

APÉNDICE.

Considerando al lector poco satisfecho con el final de nuestra novela que no concluye la historia de los personajes que en ella figuran como se hacia mas generalmente en las antiguas, cuyos autores apuraban la accion hasta que se casaban ó morian los actores que jugaban en sus fábulas, le diremos: que hemos narrado hasta donde hemos sabido, y que deseosos de complacerle, hemos procurado algun tiempo despues averiguar lo que ha ocurrido á cada uno de los cinco, resultando de nuestras eficaces indagaciones lo siguiente:

Que habiendo quedado cesante don Atanasio de Ruidera, á resultas de ciertas medidas de economía para descargar el presupuesto, por las que fueron suprimidas las plazas de dos auxiliares, dos escribientes y un portero; no quedando á nuestro jóven sueldo alguno por sus cortos servicios, y habiéndose negado su padre á mandarle nada desde que habia sabido el abandono de los estudios para ser empleado; la necesidad, que tiene cara de hereje, hizo que el ya gallo hecho y de recho se decidiera á ponerse en camino para su lugar, despues de haber pasado en la córte dias amargos de desengaños de todo género.

Recibido por don Bruno con la indulgencia propia del cariño paternal, se transigió todo, suscribiendo el jóven á dedicarse á la labor para ayudar á su padre que ya era de bastante edad; mas sin dejar en las soledades que pasaba en el campo, de seguir formando sus castillos en el aire, esperando para llevarlos á cabo que hubiera un pronunciamiento, para á rio revuelto, sacar el partido que en otros habia visto.

Pero quiso su buena suerte, que olvidado de Ana y enamorado de una guapa lugareña que sabia bien donde la apretaba el zapato, de tal modo lo dominó, que con gran beneplácito de don Bruno se hilbanó el casamiento, quedando trasformado Atanasio en poco tiempo en un hombre formal, reflexivo, amante de su casa y familia, no pudiendo menos de avergonzarse cada vez que recordaba las escenas de la córte, en que habia hecho el principal papel, papel tan ridiculo y despreciable.

Don Fernando, que llegada la época de restituirse á su país, pidió la mano de Dorotea, y con gran contento de don Severo se hizo el casamiento tambien al vapor, por tenerse que marchar.

El honradote don Severo murió de un ataque apoplético; y su hija Ana tuvo que recurrir á ponerse bajo la tutela de su tia, hermana de aquel; pues aunque la quedó horfandad, no era decente el vivir sola. Permanecia soltera, y lo peor de todo, sin esperanzas de variar de estado; pues los hombres de algun mundo huyen por lo comun de las mujeres, que con tales ideas y montadas al gran tono, sin tener intereses para sostener el boato en que sin poder han vivido, por la perniciosa condescendencia de los padres, no suelen ser

mas que una carga muy pesada y un semillero de disgustos.

Réstanos solo hablar de la criada, y lo haremos por complacer en un todo al lector. Esta infeliz quedó sin acomodo luego que fué deshecha la casa de su antiguo amo. Mas despues de algun tiempo en que consumió la mayor parte de sus ahorros, halló al fin colocacion en casa de un maestro carpintero, andaluz por mas señas, hombre de ligeros cascos, que la trataba mal, y sobre todo, un dia que segun estaba acostumbrada por su antigua señorita, entró en la habitacion donde comian sus nuevos amos, anunciando al señor tabernero de enfrente, que era paisano y amigo del maestro.

— ¿Y porqué no entra? le preguntó el carpintero.

A lo que contestó el tabernero desde la puerta:

— Porque se le ha puesto en la cabeza á ese estafermo que me he de esperar á que traiga el permiso. ¿Qué novedad es esta, compadre?

Agarrando el carpintero un tarugo que á mano halló, se lo tiró á la desdichada hiriéndola en la cabeza y diciéndola al propio tiempo:

— ¡Anda con dos mil demonios, estampa de la herejía! ¿Crees que estás en casa de alguno de esos semi usias, montados como dijo el otro, al estilo de *quiere y no puede*? Entre Vd., compadre, y no haga caso de esa bruja que es capaz de dar un susto al mismo miedo.

Como era el tiempo tan caluroso, se la encontró á la desgraciada la herida y tuvo que marchar al hospital.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

FISICA: — Sobre la diferencia que presenta el espectro prismático de la luz eléctrica en el vacío, en el polo positivo y en el polo negativo; por M. DOVE. — Si no me engaño, dice M. Dove, fué Quet el primero que observó que cuando se hace el vacío mas perfecto posible en el hueco eléctrico, y se ponen en comunicacion los hilos metálicos que en él penetran con un aparato de Ruhmkorff, se ven aparecer en dichos hilos dos luces que difieren en color, forma y posicion. Una es azul y rodea uniformemente al polo negativo: otra, de color rojo encendido, se adhiere al polo positivo y se dirige hácia el negativo, pero la separa un espacio oscuro de la de este. Consiguiese estudiar con mayor comodidad estos fenómenos fundiendo los hilos en tubos donde esté hecho el vacío, como los prepara con habilidad Geisler.

Observando las dos masas de luz por absorcion en vidrios coloreados, ó haciendo que iluminen sustancias colorantes, desde luego se advierte que no se trata aquí de color homogéneo, porque se perciben muy bien ambas masas mirándolas por un vidrio de cobalto de 6 milímetros de grueso; todo el espacio que ocupan parece rojo, miradas por una lente roja, amarillas por una capa de vidrio amarillo, y toman una tinta pardusca, mirándolas por una lámina de vidrio de urano, que se pone fluorescente por influjo suyo, al paso que este parece de color de porcelana combinando por reflexion la luz eléctrica en su superficie exterior, con la fluorescente que viene de lo interior. Las dos masas se disipan ante la combinacion de un vidrio de cobalto y otro rojo, que no deja pasar sino el rojo homogéneo mas exterior. Fácilmente se ven en su color varias sustancias colorantes, cuando las ilumina la luz positiva ó negativa.

Dejando entrar la luz por una rendija, y analizándola con un prisma de lados iguales de flintglass ó de sulfuro de carbono con la inclinacion minima, se obtienen espectros diferentes de la luz positiva que de la negativa.

Un tubo de Geisler de figura de pera, de 7 pulgadas de largo, presentó los fenómenos siguientes: el espectro de luz azul del polo negativo tenia una faja ancha negra en la luz azul, otra lo mismo en los confines del azul con el verde, otra pequeña en los del amarillo, y nada en el rojo. La luz del polo positivo dió una faja segunda violada y azul, varias rayitas en el verde, una muy negra en los confines del amarillo, y una fajita oscura en medio del rojo. Los colores que parecen discontinuos en un espectro, no lo son en el otro.

Otro tubo de igual largo, de forma esférica en medio, con prolongaciones cónicas en ambos extremos, presentó en el polo negativo el mismo fenómeno: pero en la luz del positivo, además de las fajas acabadas de indicar, dos fajitas oscuras en el azul.

Los hilos fundidos en los tubos de vidrio eran de platino. En el hueco eléctrico, de forma cilíndrica, la luz negativa entre las dos puntas de laton ofrece los mismos aspectos que la de dichos tubos, sin mas diferencia que la luz entre las dos fajas negras anchas parece verdosa, casi como el espacio entre F y b del espectro solar, y que en el espectro de la luz positiva, además de las fajas en el rojo y en el verde, se ven otras en el azul.

Poniendo en el polo negativo una bola en lugar de una punta, sin mudar la del positivo, se ve una fajita oscura en el rojo de la luz negativa, sucediendo todo lo demás lo mismo, al paso que en la luz positiva aparecen dos fajas oscuras en el azul. Los fenómenos bien distintos antes, parece que se van confundiendo ahora en varios espectros; esto es, se presenta el fenómeno como si se hubiera mezclado con la luz positiva algo de negativa, y con esta algo de aquella. La negativa manifestó además mayor constancia que la positiva. Subsisten no obstante diferentes los espectros en cada caso, como se ve distintamente cuando es la rendija bastante larga para que se puedan observar los dos espectros separados por el espacio negro en el momento de penetrar la prolongacion del uno en el otro.

Para comparar con el espectro de la chispa, se pusieron en comunicacion, mediante un hilo de vidrio, las puntas de un micrómetro de chispas, y de este modo se obtuvo una corriente de chispas en línea recta, en las cuales se divisaban perfectamente las líneas claras características. En los espectros

de la capacidad vacía no habia señales de semejantes líneas claras.

Los espectros discontinuos de la especie indicada se presentan con las mismas llamas coloreadas que cuando se sujeta á la absorcion de gases coloreados un manantial de luz blanca. Y como el espacio que separa los polos no es un vacío absoluto, se puede suponer, ó que en dichos polos hay diversos cuerpos gaseosos, ó un solo gas en varios estados. Ambos casos suponen, cierto es, alguna duracion de la accion del polo, y que esta crezca con aquella. Disponiendo las cosas entre el aparato galvánico y el de Ruhmkorff de suerte que se invierta la corriente, al instante truecan de papel los dos espectros, y lo mantienen sin alterarlo, lo cual está en contradiccion con la hipótesis de que se trata.

Desviando los fenómenos luminosos con un imán fuerte, ningun cambio se nota en el espectro.

Tubos que puestos entre los polos parecen llenos de luz blanco-azulada con las fajas características trasversales, que cuando se invierte la corriente mudan la curvatura de cóncava en convexa, dan un espectro en el cual faltan absolutamente tales interrupciones distintas; solo se advierten algunas fajitas en el verde, pero nada en los demás colores; á lo menos con todos los tubos probados.

Los fenómenos luminosos que presenta la electricidad en el vacío se parecen singularmente á los de la aurora boreal; razon por la cual se les ha dado el nombre de aurora boreal artificial. El rojo encendido del polo positivo recuerda mucho el que caracteriza á bastantes auroras boreales; y el autor dice haber tenido ocasion de notar varias veces esta semejanza, especialmente en dos auroras boreales que se vieron en Berlin. Tan señaladas son las particularidades que ofrece la luz eléctrica en el vacío, que no parece difícil poderse llegar á decidir definitivamente por medio del análisis prismático si la luz de la aurora boreal es ó no de naturaleza eléctrica.

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS: — En las excavaciones para la vía férrea de Madrid á Zaragoza, se están descubriendo restos de la romana via numantina, medallas, sepulcros y otras preciosidades arqueológicas. En Pañahora, al excavar los cimientos del puente, hoy en construccion, se han hallado en el lecho del rio gruesas piedras de fábricas antiguas, y al hacer la alcantarilla del otro lado de la peña, se ha descubierto el zócalo del ángulo de la muralla romana primitiva, idéntico á las ruinas que se conservan aun por el lado del rio: en las excavaciones que ha necesitado la explanacion, se han hallado piedras de antiguas construccion, si bien ninguna bien definida; herramientas, un dedal de bronce terminado en punta, como para el dedo pulgar, segun sus grandes dimensiones; monedas romanas y restos de osamentos, restos todos encontrados en las inmediaciones del puente, lo que parecia indicar que su destruccion debió ser desastrosa y violenta.

Cuatro kilómetros mas allá se han descubierto monedas romanas enfrente de Espinosa, y en un sitio llamado las *Santas Gracias*, descubre un desmonte de la via los cimientos de una construccion extraordinaria, que aun no puede clasificarse por lo poco avanzado de las excavaciones: los restos hallados son trozos de búcaro y de vidrio plateado, pedazos de tejas y ladrillos romanos mezclados con otros árabes, pequeños ladrillos romboidales, tal vez procedentes del *opus reticulatum*; un trozo de columna de finísimo mármol blanco, y finalmente, una moneda romana de cobre y estañada en uno de los sepulcros allí descubiertos. Filas de sepulcros enterrados se hallan en estos parajes, y ellos han suministrado los materiales de construccion de la presa del molino de Espinosa; en uno de aquellos se ha encontrado una condecoracion notable de un águila de dos cabezas, de cobre y esmaltada.

Por último, otros cuatro kilómetros mas allá, la vía férrea vuelve á tropezar con otros sepulcros en línea. De uno de los dos ya descubiertos, se ha recogido un brazalete de cobre. El ilustrado ingeniero señor Rodriguez y Arroquia, opina que la segunda seccion del expresado ferro-carril sigue generalmente la direccion de la vía romana numantina.

— LA FONOGRAFÍSTICA: — « La *Fonogracística*, dice el autor de este invento, señor Serch y Sala, es el arte de hablar perfectamente desde una larga distancia, sustituyendo las letras del alfabeto general con los sonidos musicales. La sustitucion se hace con solo los siete puntos ó grados musicales, exceptuando los semigrados, segun la combinacion, sin multiplicarlos como generalmente se hace en la música, dejando libre á ella las leyes de duracion, figuras y demás accidentes. De cualquier escrito fonogracístico, se puede formar una marcha ó cualquier otra pieza, dejando al escritor la libertad de hermostrarlo á su gusto, pues solo importa que se hablen, escriban ó ejecuten los sonidos musicales denominados do, re, mi, fa, sol, la, si, do, en el modo establecido en su alfabeto y cartilla, conforme á las reglas formadas al efecto. Se puede emplear para su ejecucion cualquier instrumento, ya acompañado de la orquesta ó solo. Para la guerra puede tambien ejecutarse con una corneta de llaves ó cornetin. Varias aplicaciones pueden darse á esta fonogracística, ya en los demás idiomas ó en otros usos; porque en todas las naciones se comprenden del mismo modo los nombres musicales, y rigen igualmente las mismas reglas filarmónicas. Con solo cuarenta ó cincuenta lecciones, se puede aprender teórica y prácticamente este lenguaje. Tiene la particularidad que con estos escritos se descubren cantos muy bellos. Tal es mi moderno invento. »

— ESTADÍSTICA INDUSTRIAL: — Acábase de publicar una estadística muy extensa de los diversos ramos de la industria parisiense durante el año de 1858. De ella resulta que 54 industrias contando 10,285 empresarios y ocupando 72,410 operarios han producido en 1858 por una suma total de 290.000.000, no estando comprendidas en estas cifras la espejería y la relojería. Estas dos industrias representan 290 establecimientos que producen por 14.800.000 francos. Las 32 industrias del grupo del amueblaje son explotadas por 6.000 empresarios, y han producido por 40.000.000. Las 21 industrias de edificios que cuentan 4,080 empresarios, han ocupado 42,800 operarios, y han producido una cifra de negocios de 150.000.000.

Salon de estampas en la Biblioteca imperial de Paris.

Al ver exteriormente el edificio de la Biblioteca imperial de Paris con las construcciones irregulares que le componen, nadie podría formarse una idea del gusto elegante y la rica ornamentación de las galerías y salas interiores. Entre los palacios que se elevaron en Paris en los dos últimos siglos, y que subsisten todavía, casi todos son superiores á este edificio por la arquitectura de su fachada; pero en ninguno se podrían hallar aposentos de un estilo mas puro ó de una decoración mas graciosa y brillante; como ejemplo citaremos el nuevo salon de las estampas, obra de Mansart, donde el artista ha dejado pruebas de toda la pureza de su genio severo y elegante; este salon perdido, digámoslo así, durante mas de siglo y medio acaba de ser descubierto,

ni mas ni menos que la casa del Fauno ó la del poeta de Pompeya.

Situada en el piso bajo del palacio de Mazarino, esta galería contenía las estatuas que el cardenal había adquirido en Italia, así como una parte de sus curiosas colecciones de objetos de arte, como bustos de emperadores romanos, una estatua de mármol que representaba la Caridad, mesas de mármol con pájaros y flores y otras preciosidades.

A la muerte del cardenal, la magnífica morada de Mazarino pasó á manos de los Mancini, herederos de sus inmensos bienes; pero en breve no vino á quedar mas que el recuerdo de todo ese lujo. Law estableció su vasto ministerio en el palacio Mancini y en los apo-

sentos de la duquesa de Nevers, y la galería de Mansart se cambió provisionalmente en oficina de cambio; mas tarde se trasformó en diversos talleres monetarios, donde el banquero extranjero hizo fabricar por tres mil millones de su moneda volante. Después de la fuga de Law, la compañía de las Indias tomó posesión del edificio y le dividió según las necesidades de sus factorías; en 1792 cuando la supresión de esa poderosa compañía, el Estado se apoderó de él y le dió nuevas disposiciones para el establecimiento de sus oficinas y sus cajas; hicieron demoliciones para reconstruir, y modificaron tanto las obras anteriores, que de cambio en cambio y de mejora en mejora, la galería de Mansart desapareció en las trasformaciones que había sufrido.



VISTA DEL NUEVO SALON DE LAS ESTAMPAS EN LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE PARIS.

En ese estado fué entregada á la biblioteca del rey en virtud de un decreto de Luis XVIII, que atribuyó á ese establecimiento todas las construcciones del tesoro, á medida que quedaran vacantes; de 1828 á 1854, las cosas continuaron como antes, y por último, un trabajo de restauración hábilmente entendido acabó de sacar á luz nuevamente todos los ornatos y todos los detalles de la decoración primitiva de una de las obras perdidas del gran Mansart.

Reproducimos aquí la descripción que ha escrito M. Duchesne de esa galería en la nueva edición de su *Noticia sobre las estampas*, que dice así:

«La galería inferior tiene las mismas dimensiones que la superior; como ella está alumbrada por ocho ventanas, y tiene una puerta en cada una de sus extremi-

dades; la bóveda está dividida, según el gusto italiano, en cuarterones de formas variadas con orlas de follaje en relieve; la caída de la bóveda está adornada con grandes hojas de acanto donde se ven algunos niños con las piezas que se hallan en las armas del cardenal; en medio de cada entrepaño había un nicho cuadrado con dos pilares con capiteles y un rico entablamento dórico; una decoración igual se hallaba repetida enfrente de cada entrepaño, pero todas fueron destruidas, excepto las dos primeras; los marcos de las ventanas, así como la parte que á ellas correspondía, estaban cubiertos de figuras alegóricas ó de paisajes tan deteriorados que no habían podido restaurarse; en la bóveda el gran compartimiento del centro está adornado con una columnata en perspectiva por donde se descubre el cielo; esta parte ha podido restaurarse y conservarse,

así como también cuatro cuarterones ovalados que representan escenas triunfales ó de otro género de la historia romana.»

En ese local tan rico y espacioso, obra maestra de arquitectura y de dibujo, la dirección de la Biblioteca imperial acaba de colocar la colección de las estampas, esos archivos preciosos de todas las obras grabadas de la pintura, la arquitectura y el dibujo; la elección no podía ser mas acertada, y así es que el departamento de las estampas que ha estado durante sesenta años en piezas bajas, estrechas y faltas de luz, se ha convertido de repente en el sitio mas elegante de la Biblioteca y en el mas conveniente para las necesidades del público numeroso de trabajadores que consultan ó estudian sus colecciones tan importantes como variadas. H. L.